

BOLSILLOS BRUJERÍA
la conquista del
ESPACIO

ENCRUCIJADA DEL ESPACIO-TIEMPO

a.thorkent

CIENCIA FICCION



SOLISBROS BRUJERIA

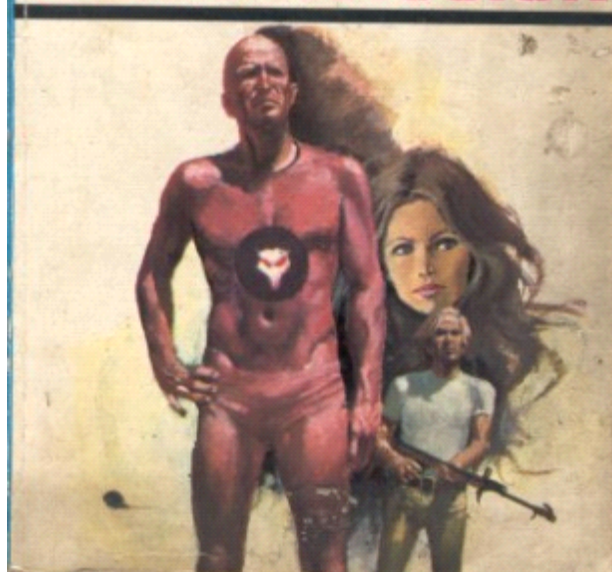
la conquista de

ESPACIO

ENCRUCIJADA DEL ESPACIO-TIEMPO

a.thorkent

CIENCIA FICCION



A. THORKENT

ENCRUCLJADA DEL ESPACIOTIEMPO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO nº 133

CAPITULO I

El hombre tenía unos cincuenta años, aunque representaba algunos más. Su cabello, totalmente blanco, escaso, caía ralo hasta el cuello. No resultaba su aspecto muy cuidado. Incluso podía aparentar marcado desaliño.

Tenía barba de dos días, y aunque no lo sentía, debía tener apetito.

Sin embargo, sus labios dibujaban una sonrisa totalmente placentera y en sus ojos brillaban chispas de regocijo.

Se llamaba Hans Seaby y sentíase completamente feliz.

Estaba sentado en su enorme y bien dotado laboratorio-taller, frente a una serie de complicadas maquinarias, que ofrecían un aspecto que indicaba el resultado de un trabajo astesano más que el logro de un detallado y planificado proyecto.

Aquél era el resultado de diez años largos y constantes de trabajo del profesor Seaby.

Al fin estaba culminado, probado y garantizado su funcionamiento. Era solamente un prototipo, pero suficiente para convencer con él al más incrédulo de los colegas de Seaby.

El profesor se pasó la mano por la poblada cara y pensó que había llegado el momento de regresar al mundo real, abandonar por unos instantes los paisajes de sueños en los que había estado dulcemente sumergido.

Por décima vez le volvieron a llamar desde el piso superior. Solamente entonces el profesor se dio cuenta que Malva debía estar impacientándose. Si no contestaba pronto era capaz de bajar y sacarle a rastras del laboratorio, como le había prometido que haría si no se

decidía a dejar de ser de una vez un hombre de las cavernas y reintegrarse a la civilización.

Seaby tomó el comunicador y dijo:

-Ya subo, preciosa, te lo prometo.

-Ya estoy harta, viejo -replicó una voz femenina bien modulada-. Puedes quedarte ahí si te satisface. Sólo te llamo para decirte que alguien desea verte.

El profesor entornó los ojos. No recibía visitas desde hacía mucho tiempo. ¿Meses o años? No estaba seguro. Además, pocas personas conocían aquel lugar.

-¿Quién es. Malva?

-Dice llamarse Leo Liddell. ¿Le digo que se vaya?

Liddell. Leo Liddell. Era al primero de los incrédulos a quien pensaba llamar y arrojarlo contra aquel montón de máquinas para que se rompiera contra ellas la nariz. Había sido el que más se rió cuando supo lo que Seaby se proponía hacer. Luego, Liddell empezó a trabajar para el Gobierno y no volvieron a verse en muchos años.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué se proponía? No podía haberse enterado de nada en lo que había estado trabajando.

-Estoy esperando -dijo Malva de mal humor-. Decídete de una vez, cáspita.

-¡Oh, perdona! Dile que espere unos minutos. En seguida subo. Llévale a mi despacho y ponle cerca una botella de escocés.

-Calentaré el baño. Porque supongo que no querrás presentarte con esa facha.

-Qué tiene mi facha! -gritó Seaby. En seguida comprendió que Malva tenía razón y añadió:- Sí, gracias. Como siempre, tienes razón.

-Oírte decir eso bien merece tener que soportar tu mal genio constantemente.

Cuando se cortó la comunicación, Seaby gruñó:

-Chica tonta... -sonrió y musitó-. Pero no sé qué haría sin ella.

Subió los escalones de hierro y cerró cuidadosamente la puerta del laboratorio con llave. Luego se apresuró a entrar en el cuarto de aseo. Ya estaba el baño lleno con agua caliente. Sobre unas perchas, una muda limpia, camisa, corbata y su mejor traje.

Seaby volvió a sonreír y empezó a desnudarse.

Minutos después salía convertido en otro hombre. Incluso había rejuvenecido unos años. Afuera le esperaba Malva, que sonrió aprobadoramente.

-Estás guapísimo, papá -le dijo besándole en la mejilla.

-Yo mismo no me reconocí en el espejo, la verdad -asintió Seaby- Incluso siento apetito.

-Es lógico. Hace días que no pruebas bocado. Te llevaré café y unos emparedados a tu despacho. No le importará a tu amigo que comas, él tiene bastante con el escocés.

Seaby dejó que su hija le corrigiera el nudo de la corbata y comentó:

-Leo siempre me pareció una esponja a la hora de beber. Tendrás que buscar otra botella.

-Está bien, está bien -apremió ella empujándole por el pasillo-. Ese tipo ya debe estar impaciente.

Llegaron hasta la puerta del despacho. Malva continuó caminando. Seaby se quedó con la mano apoyada en el picaporte, observando cómo su hija se alejaba.

Malva, desde que salió de la universidad, se convirtió en su ayudante, eficaz y paciente. Soportó sus malos humores, momentos de desesperación y desaliento con increíble constancia.

Seaby se preguntó si no había cometido un crimen permitiendo que una chica tan hermosa perdiera dos años de su alegre juventud encerrada en aquella casa aislada en el campo.

Decidió que aquella misma noche le plantearía el problema. El trabajo más importante había terminado. Se tomarían unas vacaciones antes de notificar al mundo su descubrimiento.

Al pensar en aquello se le planteaba una encrucijada. Había pensado que Leo Liddell, ya que estaba allí, podía ser el primero en conocer el

resultado de sus desvelos. Si lo hacía, probablemente no iban a poder disfrutar de las merecidas vacaciones.

Además, lo que quería saber era el motivo que había llevado a Leo hasta su escondite. Luego, cuando lo supiese, decidiría si informarle o no en aquel instante.

Empujó con decisión la puerta de su despacho. El hombre que estaba sentado en uno de los butacones de cuero, con un vaso de whisky en la mano, se levantó de un salto. Ambos amigos se fundieron en un abrazo, se cruzaron bromas y dieron golpecitos en la espalda. Luego se sentaron y Hans sacó una cigarrera.

Leo movió la cabeza negativamente, diciendo:

-Prefiero tu magnífico escocés.

-Como quieras. Lo siento, pero lo primero que tengo que preguntarte es la causa de tu presencia aquí.

-¿Te sorprende mi visita?

-Más que nada, cómo pudiste enterarte que vivo en este lugar.

-Hace tiempo que lo sé. Un fabricante de material de precisión electrónico me habló de ti. Al parecer, te ha estado vendiendo fuertes sumas.

-Sobra gente charlatana en el mundo... -suspiró Hans-. Pero, ¿quieres decir que ha tenido que pasar mucho tiempo antes de decidirte a venir?

Leo movió la cabeza con cierto pesimismo.

-Aquel fabricante me hizo comprender que aún no has abandonado tus lo..., proyectos. Me disgustó que siguieras desperdiciando así tus grandes conocimientos.

Hans sonrió.

-Ibas a decir mis locuras, no proyectos. No tiene importancia. Al menos tú nunca te reíste a mis espaldas. Tuviste siempre el valor de pedirme que lo dejara todo y fuera a trabajar contigo para el Gobierno. Pero aún no has dicho qué deseas.

Liddell terminó de beber el escocés que quedaba en su vaso. Fue a tomar la botella, pero cambió de parecer y la dejó. Sonrió como si se

disculpara y dijo:

-No creas que siempre bebo. Estaba sediento. Donde trabajo apenas puedo conseguir una botella. Amigo Hans, pese a tu aislamiento, nadie ha podido olvidar lo que un día fuiste, lo que lograste en el campo del magnetismo dinámico. De haber continuado por aquel camino, con seguridad hubieras ganado el Nobel. Pero cambiaste radicalmente de rumbo, te obsesionaste con una... singular idea y lo tiraste todo por la borda. Fue un disparate.

Suspiró profundamente y terminó diciendo de un tirón:

-He venido por ti, porque queremos que vuelvas a trabajar con nosotros. El Gobierno no está dispuesto a que pierdas el tiempo en cosas poco aprovechables. Te necesitamos en otros proyectos más ambiciosos y sólidos.

Hans abrió los brazos y exclamó:

-Ya salieron las estrellas.

La mirada de Leo se tornó seria.

-Lo hemos conseguido, Hans. Esta vez va en serio.

Seaby entornó los ojos. No pudo evitar sentirse interesado.

-¿Qué quieres decir?

Leo asintió.

-Así es. EL Gobierno accedió a mi petición de invitarte a la primera partida de una nave a las estrellas. Lo hizo porque los convencí que viendo tú el lanzamiento puede ser la única forma de hacer que te unas a nuestro equipo. Aunque lo principal ya está desarrollado, te necesitamos para que tú perfecciones nuestro trabajo. Aún tenemos mucha labor por delante.

-Siempre existieron problemas para ir a las estrellas, al menos abandonando el sistema normal, en el que siempre se pensó que tenía que ser inalterable para conseguirlo.

-Exacto. La barrera lumínica siempre fue un obstáculo insalvable. Y en caso de superarlo, quedaba la incógnita de lo que sucedería a los pasajeros si viajaban a velocidad mayor que la de la luz.

Seaby echó mano a la botella y vertió un poco de whisky en un vaso.

-Creo que ahora soy yo quien necesito un trago. Eso que me cuentas es realmente fabuloso.

Leo sonrió satisfecho.

-Lo es, amigo. Junto con los rusos hemos conseguido construir en secreto una nave que pueda alcanzar Polux.

-¿Por qué no Centauro? ¿No es lógico pensar en la estrella más cercana?

-Centauro posee unas características, según las investigaciones, que la incapacitan para disponer de planetas tipo Tierra. En cambio, Polux posee una escolta planetaria idónea para que uno de ellos, al menos, sea un doble de nuestro mundo.

-Pero la diferencia en distancia es notable...

-Aquí radica el éxito de nuestro descubrimiento, Hans. Nos es igual diez años luz más o menos.

-Fabuloso.

-Esa palabra aún no define la realidad. ¿Comprendes el tremendo salto que puede dar la Humanidad? Hace veinte años que llegamos a la Luna y diez que los rusos pisaron Marte y Venus. A partir de entonces, ambas naciones es decidieron unir sus esfuerzos y explorar el resto del sistema solar. Apenas hemos llegado hasta las lunas de Júpiter. ¿Para qué ir más lejos si ya sabemos que aquí no podemos encontrar nada en donde los hombres puedan subsistir sin escafandras ni viviendas aisladas? Nuestro sistema, como bien sabes, Hans, sólo tiene la Tierra como planeta apto para los hombres. Todos los demás son hostiles. Nos encontramos en la encrucijada de decidir si lanzar una nave que tardará diez años en ir y volver de Alfa Centauro o seguir investigando en busca de una forma de llegar a las estrellas más rápidamente.

Hizo una pausa como para dar mayor efecto a sus palabras y continuó:

-Los inconvenientes de viajar a menor velocidad que la luz son ampliamente conocidos. En primer lugar, es difícil encontrar tripulantes que acepten estar en el

espacio tanto tiempo. Cuando hubieran regresado a la Tierra, se encontrarían extraños. Además, no podíamos seguir en contacto con ellos, pues a medida que se acercaran a su objetivo, nuestras llamadas tardarían años en llegarles y otros tantos en escuchar sus respuestas.

Teníamos por tanto, que buscar una solución. Un viaje a un planeta situado a diez años luz no debe durar más de tres meses, lo que significa que la nave tiene que superar la velocidad lumínica cuarenta veces. ¿Cómo conseguir tal aceleración?

Pero resolvimos todos los problemas, al menos teóricamente. Estamos seguros que la nave «Terra», como así ha sido bautizada, puede llegar a Polux en un mes y regresar en otro, después de permanecer allí treinta días explorando. En realidad, en cada viaje precisará de diez días para acelerar hasta alcanzar una velocidad cien veces la velocidad de la luz y veinticinco para decelerar y establecerse en unos cien kilómetros por hora para penetrar en la atmósfera de su punto de destino.

Hans estaba visiblemente impresionado. Se rascaba el mentón con tanto fuerza que dejó de hacerlo cuando notó que le dolía.

-No tenía conocimiento ninguno de tal proyecto -dijo el profesor Seaby-. No es que yo lea los periódicos o vea el televisor, pero una cosa así me lo hubiera comentado mi hija.

-Hemos decidido mantener el secreto hasta que «Terra» regrese. Entonces se hará pública la noticia.

Hans dibujó una sonrisa.

-Me suena eso a influencia rusa.

-Bueno, creo que han sido mis colegas eslavos los que insistieron en hacerlo así. Pero hemos reconocido que tienen razón.

-¿Por qué?

-El proyecto se ha tragado miles de millones de dotares y rublos. Ninguno de los dos Gobiernos podría soportar las críticas si al final todo fracasa. Ni siquiera el ruso.

-¿No estáis seguros?

Leo movió la cabeza dubitativamente.

-Tu. como científico, debes saber que aunque hayas repasado un millón de veces los cálculos, a la hora de llevarlos a la práctica siempre queda algo imprevisible, un posible e inesperado fallo ilocalizable.

-Si, es cierto. Perdona.

Leo se levantó y dijo:

-Bien, ya sabes para qué he venido. Te ruego que vengas conmigo para conocer a la tripulación y presenciar la partida.

-No me seduce ir a la Luna.

-Será aquí en la Tierra. En Alaska, precisamente. El «Terra» dispone de suficiente poder y energía para prescindir de la liviana gravedad lunar para despegar.

-Pero...

-¿Qué inconveniente existe?

-Precisamente había pensado decirle a mi hija Malva que íbamos a partir de vacaciones mañana mismo.

-Todo resuelto, entonces. Estás invitado por el Gobierno a pasar unos días totalmente pagados en el Norte. Tu hija puede venir. Yo también responderé por ella y no me costará ningún trabajo que le den un permiso especial.

Después de pensar unos instantes, Hans replicó:

-De acuerdo. Te acompañaremos. ¿Cuándo es la partida?

-El «Terra» despegará dentro de seis días. Debemos estar en la base pasado mañana. Antes de quince días estarás de nuevo aquí. Ya me dirás entonces si decides unírte a nuestro grupo.

Hans sonrió enigmáticamente.

-A cambio de acompañarte, debes prometerme una cosa.

-Si no es imposible...

-Nada de eso. Cuando regresemos me acompañarás hasta aquí y dejarás que te explique algo. Será una sorpresa.

-Anticípame algo.

-Imposible. Yo creí que mi trabajo era importante, pero tú me has aplastado con tus noticias.

-¿Quieres decir que no accederás a trabajar con nosotros?

-No precisamente. Es posible que tú seas quien quieras venir aquí a calentarme los sesos.

-Bromeas.

-Sí. Creo que estoy bromeando. ¿Sabías que mi hija cocina estupendamente? Comeremos dentro de unos minutos. Te ruego que nos acompañes.

CAPITULO II

La base estaba situada en un lugar casi inaccesible, rodeada por altas

montañas. Era grande y disponía de todas las comodidades pese a todo. No existía ninguna carretera que condujera a ella.

-Todo el material y las personas han sido trasladados aquí en avión o helicópteros -explicó Leo Liddell a Hans Seaby y su hija Malva.

-Eso debió elevar los costos considerablemente -argumentó Hans, contemplando desde el ventanal de la sala de conferencias la explanada en la cual ya estaba anclada la torre de despegue de la nave «Terra».

-El dinero no ha tenido mucha importancia en eso, amigo Hans -respondió Leo-. Lo importante era mantener el secreto. Sobre esta zona no vuelan aviones comerciales. Eso lo tuvimos muy presente a la hora de elegir este lugar.

-Al parecer, los Gobiernos han tomado muy en serio el proyecto.

-Desde luego. Tenemos que buscar mundos aptos para recibir colonos. La Tierra se nos está quedando pequeña.

Hans sonrió.

-La explosión demográfica que tanto preocupó hace años ha quedado atajada. Por el momento no hay peligro de hundir la Tierra con nuestro propio peso.

-Pero debemos estar prevenidos. Es mejor hacer ahora las cosas, con calma, a esperar que la situación sea crítica. De todas formas, aunque se han aminorado los nacimientos, sobre todo en los países subdesarrollados, la Humanidad sigue creciendo. Seremos demasiados dentro de cien años.

-Pero pueden existir otros medios para solucionar el problema sin necesidad de pensar en los planetas que giran alrededor de las lejanas estrellas -murmuró Seaby, pensando en su complicada máquina, dejada allí en la apartada casita de campo.

-¿Otros medios? -dijo preocupado Liddell-. Ya no podemos apurar más el control de natalidad. No veo...

-Olvídalo -se apresuró a decir Hans no queriendo entrar en una conversación que por el momento no deseaba tocar-. Me parece que ya entran.

Por una puerta de la sala de conferencias penetró una comitiva. Iba

encabezada por varios hombres vestidos de civil, dos militares, uno ruso y otro norteamericano, y varios individuos vestidos con trajes de vuelo espacial.

El centenar largo de invitados se apresuraron a ocupar sus puestos en las sillas, mientras los recién llegados se acomodaban detrás de una larga mesa situada sobre un estrado de madera.

Leo y Hans ocuparon sus sitios junto a Malva.

-Quien preside es Sigmund Werkner, director del proyecto y vuelo del «Terra» -musitó Leo al oído de Hans-. A su lado están los comisionados americano y ruso. El general Jaskow y el general Salton. El astronauta que luce el grado de comandante es Harvey Stack. Su segundo es el comandante Taschenko. Quien se sienta a su lado es el tercer responsable de a bordo, el capitán David Holzer, un tipo que promete. Ha viajado a Marte tres veces y dos a los satélites jovianos. Un gran tipo. Recuérdate que luego te lo presente, Hans.

Malva había escuchado todo y, sonriendo, dijo:

-Yo me encargaré de recordárselo, señor Liddell. Hans miró a su hija sorprendido. Pero la voz de Sigmund Werkner le hizo que volviera su atención hacia el estrado. El director del proyecto empezó diciendo:

-Aunque sin solemnidades y las acostumbradas remisiones de televisión, características de otros tiempos, dentro de breves instantes, señores, vamos a ser testigos del suceso más importante en la vida de la astronáutica después del lanzamiento del «Sputnik» y la llegada del ser humano a la Luna. -diplomáticamente el director había mirado a los generales ruso y americano, que asintieron levemente-. Tenemos motivos fundados para pensar que es ahora en realidad cuando el Hombre va iniciar la auténtica conquista del espacio.

Tomó un sorbo de agua del vaso que tenía delante, la mesa, y continuó:

-Hasta el presente, todos nuestros esfuerzos se han concentrado en los límites del Sistema Solar, que como es hostil en grado sumo para el Hombre. Tenemos que buscar otros mundos aptos para ser colonizados. Y estos mundos están a años luz de nosotros. Tenemos la certeza de que la nave construida con el esfuerzo y la técnica de Rusia y Estados Unidos, dotada con todos los medios para ir a Polux y volver en tres meses, y conducida hábilmente por la experta tripulación ruso-americana, no nos defraudará. Ellos regresarán, estoy seguro. Lo único que debemos desear es que el planeta elegido para ser visitado, colme

nuestros deseos. Es decir, que sea un duplicado de nuestra amada Tierra.

-Todos ustedes conocen, la mayoría, a cada uno de los miembros del «Terra». Aquí tenemos a sus tres más destacados jefes. Todos los restantes son astronautas expertos, con varios vuelos planetarios en su haber. Estamos seguros de su capacidad. Nos hubiera gustado que la dotación completa estuviera aquí en estos momentos para testimoniarles nuestro agradecimiento por el esfuerzo y sacrificio que van a realizar. Al no poder ser esto, porque ellos están ahora terminando los últimos pormenores en la nave, yo me tomo la libertad de expresar el deseo de todos los presentes para desearles suerte en el largo viaje y... un feliz regreso.

Mientras estallaban los aplausos, el director estrechó las manos de los tres astronautas, que correspondieron con movimientos de cabeza las muestras sonoramente expresadas de solidaridad.

El comandante Harvey Stack se quedó en pie. Sonrió, tosió y dijo un poco nervioso:

-Es más difícil hablarles que ir a Polux, lo juro -se escucharon risas sinceras y el comandante, un poco más animado, continuó:- Valiéndome del tópico usual para decir que no soy orador, cosa que no tardarán en comprobar, sólo me resta asegurarles que tanto mis hombres como yo confiamos en volver en el plazo previsto y anunciarles que pronto podremos ir todos a pasar nuestras vacaciones al planeta de Polux, que nos espera, que si me lo permiten deseo bautizarlo desde este instante con el nombre de Moswash, ¡en honor a las primeras sílabas de las capitales de nuestros países: Moscú y Washington.

Los aplausos fueron esta vez más fuertes y Hans, divertido, comentó en voz baja a Leo:

-Es un nombre horrible, incluso para un planeta que no sabemos cómo será.

-Estoy de acuerdo contigo. Comprenderás que este bautismo no ha sido una inspiración de Stack -suspiró Leo-. Ya estaba todo previsto. La diplomacia no tiene por qué estar reñida con la ciencia.

El general ruso primero y luego el americano hablaron un poco del espíritu de cooperación nacido entre ambas naciones desde hacía años. Ambos dijeron lo mismo, pero con distintas palabras y un desastroso acento inglés por parte del ruso.

Luego el director levantó la sesión y todos empezaron a salir de la sala de conferencias. Hans consideró que aquello había estado demasiado aséptico y apestaba a ensayo, pese a las bromas del comandante Stack.

Malva dijo a Liddell que recordase su promesa de presentarles al capitán Holzer, Cuando Leo asintió y fue en su busca, Hans preguntó a la hija el motivo de su interés por conocerle.

-Será porque es un buen mozo -replicó ella, encogiéndose de hombros.

Pero Hans comprendió tan pronto como David Holzer estuvo frente a ellos que no se debía al atractivo físico por lo que Malva deseaba conversar con el capitán.

Ambos jóvenes se miraron fijamente por unos instantes a los ojos y luego se abrazaron riendo, ante la presencia sorprendida del profesor Seaby y Liddell.

Luego Malva se volvió hacia su padre y dijo, señalando a Holzer:

-Te presento a David, papá. Le conocí en la universidad. La dejó dos años antes de yo graduarme para cometer la locura de hacerse astronauta.

David Holzer apenas debía contar treinta años. Estrechó con vigor la mano que el profesor le tendió al tiempo que decía:

-Su hija es encantadora, señor. En la universidad estaba loco por ella. Incluso le pedí una vez que se casara conmigo. De haberme aceptado, no estaría aquí ahora, sino vendiendo pólizas, estoy seguro.

-Pues le felicito por haber tenido la suerte de escapar de las garras de Malva, capitán -sonrió Seaby; al tiempo de golpear la espalda de su hija.

-Vamos, capitán. Tenga cuidado con lo que dice -intervino Liddell-. Dentro de tres meses volverá a estar aquí. ¿No teme que para entonces Malva recuerde aún sus palabras? Puede verse en un compromiso....

David rozó con sus labios la mejilla de Malva y dijo:

-Ojalá sea así. Será el mejor premio que reciba a mi regreso. Ya lo sabes, Malva; ten preparada la licencia matrimonial para entonces.

Ella rió divertida, asintió y dijo:

-De acuerdo. Te esperaré en mi casa con ella.

De pronto, David puso el gesto triste.

-No te burles. Bastante me atormentaste los años que te cortejé. Pero, de todas formas, iré a buscarte -miró a Seaby-. Naturalmente, con su permiso, profesor.

Seaby compuso una irónica sonrisa y respondió:

-Este es un buen momento para rogarle que vaya a mi casa cuando regrese, capitán. El señor Liddell tiene una cita para entonces. Les espero a los dos.

-Creí que el señor Liddell iba a volver con nosotros, una vez efectuada la partida del «Terra» -dijo Malva, extrañada.

Leo suspiró.

-Ya he contado a tu padre, pequeña, que me será imposible hacerlo en seguida. Tengo trabajo aquí. Debo quedarme hasta que la nave regrese. Tu padre está conforme con ayudarme mientras tanto. Entonces, de acuerdo a lo dicho por Hans, regresaremos los cinco.

Malva miró ceñuda a su padre.

-No comprendo cómo puedes tener tanta paciencia. Creí que estarías loco por anunciar tu descubrimiento.

-¿Qué descubrimiento es ése, profesor? -preguntó Holzer.

-Cuando estuve en casa del profesor quise que me anticipara algo, pero no pude conseguirlo -dijo Liddell- Hans me ha prometido dejarlo para cuando la expedición vuelva.

-En tal caso... -dijo Holzer muy serio-. Creo que no debo ir...

-De ninguna manera, joven. Usted vendrá con nosotros o Malva no me hablará en varias semanas. Además, quiero que compruebe que ella ha pasado ese tiempo, desde que salió de la universidad, en ayudarme y no en tontear con muchachos.

-Malva es demasiado inteligente para perder su tiempo -comentó Holzer.

Desde el fondo de un pasillo se escuchó la ronca voz de Taschenko llamando al capitán Holzer. David estrechó con rapidez la mano de Seaby y Liddell y se detuvo indeciso ante Malva. Su semblante despreocupado le había abandonado. Dijo con gravedad:

-Querida, espero tener más suerte cuando esté de nuevo en este planeta. Si me rechazas no tendré más remedio que volver al espacio. Y la verdad es que prefiero tu compañía a la fría de las estrellas.

Malva se alzó sobre las puntas de sus zapatos y le besó.

-Deseo que estés aquí cuanto antes. Yo te eché de menos, David. Vuelve, por favor.

El capitán, emocionado, estrechó las manos de la muchacha y el comandante Taschenko tuvo necesidad de llamarle otra vez para que él se marchara.

Se alejó sin dejar de volverse para mirar a Malva. Cuando desapareció en medio de los invitados, Seaby preguntó a su hija:

-Demuestra que te quiere. ¿Por qué no te casaste con él? No me disgusta este muchacho, francamente.

Ella movió la cabeza. Con cierta tristeza respondió: -Comprendí que su mayor deseo era salir al espacio. Ha visitado Venus y Marte, creo. Necesita saturarse de la aventura espacial primero. Luego es probable que funde un hogar y no desee más alejarse de la Tierra. Incluso es posible que sea sincero cuando dice que no piensa volver a las estrellas cuando regrese. Si para entonces estoy segura de que su fiebre de aventuras ha desaparecido, creo que no lo pensaré dos veces para casarme con él. Yo también le quiero mucho -terminó diciendo Malva, aprovechando que Liddell se había alejado-. Me costó mucho rechazarle. Cuando terminó con la universidad, perdí las esperanzas de volver a verle. Me alegro que Leo nos invitara a venir aquí.

El profesor palmeó el hombro de su hija y no habló.

-Lo que no comprendo, papá -siguió diciendo Malva ahora con tono preocupado-, es como resistes la tentación de; pregonar a los cuatro vientos que esto, la partida del «Terra», no es nada comparado con tu descubrimiento.

-He esperado mucho tiempo. Por lo tanto, no me importa esperar unas semanas más. El proyecto de ir a Polux, aunque no lo creas, es primordial. Dejemos que pase este hecho, que gocen sus creadores con el triunfo. No sería justo oscurecer su gloria comunicando yo ahora mi descubrimiento al mundo. Además, primero que Leo lo sepa. El me dirá si debo o no informar primero a la Prensa mundial o al Gobierno. Tal vez decidan, al igual con el viaje a Polux, mantenerlo en secreto por algún tiempo.

-No sería justo que el Gobierno se inmiscuyera en tu trabajo. Nunca, hace años, quisieron ayudarte porque les parecieron quiméricos tus pensamientos.

Seaby torció el gesto.

-Pero es algo demasiado grande, Malva. No sería descabellado pensar que debería someterse a control gubernamental.

Ella se encogió de hombros.

-Como desees. Es todo tuyo.

-No tanto. Tu ayuda fue primordial -sonrió Seaby-. Yo estaba un poco desorientado y tú me ayudaste a salir de la encrucijada.

Habían salido de la sección administrativa del edificio y la densa comitiva de invitados penetró en una espaciosa sala llena de sillas, mirando todas hacia un gran ventanal. A unos cientos de metros de ellos estaba el «Terra». La torre de anclaje se iba alejando de la nave lentamente. Un vehículo marchaba hacia el colosal huso metálico.

Liddell, llegando hasta ellos, explicó:

-En ese vehículo van los comandantes y el capitán. La partida será dentro de unos veinte minutos.

Malva entornó los ojos. Temía el momento de la partida, pero al mismo tiempo deseaba que ésta sucediera cuanto antes, ya que era precisa para que posteriormente transcurrieran tres meses y el «Terra» regresase a la base.

Y con la nave, David Holzer.

Aún sentía el calor de sus besos, apasionados y contenidos. Deseaba fervientemente volver a saborearlos, pero más intensamente, hasta quedar saturada de ellos.

Se vio sorprendida cuando, sin darse cuenta, los minutos pasaron, hasta veinte, y la nave empezó a elevarse hacia el cielo, hacia las estrellas.

Hacia Polux.

CAPITULO III

Malva pisó el freno y quitó la llave de encendido. Tomó los paquetes y salió del coche. Recorrió los metros de grava que conducían al pórtico de la casa y golpeó como pudo en la puerta.

Empezó a desesperarse cuando pasaron los minutos y su padre no abría. Ya estaba dispuesta a dejar los paquetes con los alimentos en el suelo y golpear más fuerte cuando escuchó pasos rápidos y a continuación se abrió la puerta.

El profesor Seaby mostraba una expresión extraña. Malva no pudo interpretarla como esperanzadora o pesimista. La asoldó a llevar los paquetes hasta la cocina.

-¿Ha sucedido algo, papá? -preguntó Malva, colocando en el frigorífico la carne y la mantequilla.

-Bueno, creo que sí. Llamó Liddell.

-¿Qué noticias hay? Desde que salimos de la base parece haberse olvidado de nosotros.

-No llamó desde la base, sino desde la ciudad. Estarán aquí dentro de media hora escasa.

Malva se volvió hacia su padre velozmente. En sus ojos brillaba la impaciencia.

-¿Estarán? ¿Quiénes son?

Hans sonrió levemente.

-Sí, también viene David con él. La nave regresó cincuenta días después de lo previsto. Desde hace diez está en la base secreta.

Ella hizo un mohín disgustado. j

-Nos cansamos demasiado pronto de esperar. Nosotros regresamos aquí hace dos semanas. Por cuatro días he permitido que David se lleve el desencanto de no ver que le esperaba...

-Aquello se convirtió en un infierno cuando se perdió el contacto con el «Terra». Todo el mundo estaba nervioso. Nosotros estábamos estorbando. Leo tenía razón cuando nos pidió que volviésemos a casa.

De pronto la muchacha pareció llegar a una conclusión y exclamó:

-¡Pero ya están aquí, en la Tierra, desde hace diez días! ¿Cómo es que David no nos llamó inmediatamente?

Seaby llenó su pipa. Y sólo cuando la hubo encendido, dijo:

-Leo me explicó por teléfono que les prohibieron toda llamada fuera de la base -Hans se ensombreció-. Al parecer todo no ha marchado demasiado bien.

Un paquete con carne congelada se escapó de las manos de Malva. Con un hilo de voz dijo:

-¿David está...?

-Estupendamente, claro. ¿No te he dicho que viene con el señor Liddell?. Al fin les dejaron salir. Pronto les tendremos aquí y quizá nos enteremos de lo que pasó.

Malva sonrió nerviosamente.

-Perdona -se disculpó-. Estoy nerviosa. Subiré a mi habitación y me arreglaré un poco. Debo estar horrible.

Su padre la besó en la frente.

-Estás preciosa.

La vio alejarse, salir de la cocina y subir las escaleras hasta el piso

superior. Hans terminó de colocar los alimentos en sus lugares correspondientes, al tiempo que recordaba la corta conversación sostenida por teléfono con Leo. Había encontrado a su amigo un tanto enigmático. Al parecer, por lo que podía deducir, el retraso sufrido por el «Terra» no se había debido exclusivamente a unos fallos mecánicos sufridos durante el viaje.

Algo más importante debió acontecer en la expedición. Lo que era no podía adivinarlo. Tenía que esperar que estuvieran en su casa Leo y David. Entró en el salón y buscó en el mueble bar una botella de escocés para Leo. Encontró una casi entera de una marca que estaba seguro iba a satisfacerle. También sacó otra de coñac y una de jerez dulce. A Malva le encantaba el jerez dulce. El prefería el coñac francés, aunque lo tomaba pocas veces. Pero en aquella ocasión, intuía, iba a necesitar más de una copa.

Seaby se sentó en una butaca, dispuesto a esperar.

Acababa de apagarse su pipa, consumido el tabaco, cuando escuchó que un auto se detenía delante de la casa, chirriando los frenos. Unos segundos después llamaban con insistencia en la puerta.

Iba a levantarse para abrir cuando Malva bajó corriendo la escalera y se precipitó a franquear la entrada. Desde su sitio, Seaby vio que aparecía David y Malva se arrojaba a sus brazos. Leo Liddell pasó junto a la pareja y se dirigió hacia Hans.

Los dos viejos amigos se miraron a los ojos. Leo terminó bajándolos y se derrumbó materialmente en una butaca. Aquel gesto suyo estremeció a Seaby. Nunca había visto a Leo tan deprimido.

Malva llegó agarrada del brazo de David. Estaba resplandeciente de dicha. Y Seaby pensó que tal vez su alegría le impedía percatarse del deplorable aspecto del capitán.

Observó que David estaba bastante delgado y lucía unas grandes ojeras bajo sus vidriosos ojos. ¿Qué demonios había pasado en aquel viaje? Aquella pregunta se la estaba haciendo desde que Leo anunció su visita.

Estaba ansioso por conocer la respuesta. O más de una.

-Me alegro que estés de nuevo con nosotros, muchacho -dijo el profesor, estrechando la mano de David. La notó temblorosa, pese a que el joven debía hacer un gran esfuerzo por no demostrarlo.

-Gracias, señor -sonrió David con torpeza-. Lamento acudir tarde a su cita.

-Olvídelo. Nosotros tampoco pudimos esperarle en la base, como hubiera sido nuestro deseo.

-Debes alegrarte de haber salido de allí cuando te lo propuse, Hans -dijo Leo-. Si hubierais estado cuando aterrizó el «Terra» no os habrían dejado salir. Todo aquello está en cuarentena.

-Entonces, ¿cómo habéis podido vosotros...?

Leo se encogió de hombros.

-Los médicos se decidieron al final a decir a los jefes que David y otros más necesitaban un período de reposo; pero alejados de aquel ambiente. Saben dónde está David. Tiene unos días de libertad, pero pueden llamarle en cualquier momento.

Se hizo un largo y tenso silencio. Malva se atrevió a romperlo para preguntar:

-¿Qué ha pasado?

David rehuyó la mirada de la muchacha y Leo respondió en su lugar:

-Es más grave lo que puede suceder que lo ya ocurrido.

Seaby tosió. Pidió a su hija que ofreciese bebidas. Cuando terminó de colmar de nuevo su pipa, dijo mesuradamente:

-Es indudable que algo grave, importante, ha pasado. Ignoro si podéis contarnos algo o no. Pero tú, Leo, me conoces de hace tiempo. Sabes que soy una tumba para los secretos. En cuanto a mi hija, puedo asegurarte que es como si de mí se tratase.

Leo se encogió de hombros.

-No hay ningún inconveniente en que lo sepas todo. Creo que el Consejo Mundial, que ya está al tanto del asunto, decidirá hacerlo público un día u otro. Quien puede, ofreceros una versión de primera mano es el capitán David, aunque me temo que está demasiado agolado. Ha contado cientos de veces lo mismo. No sé el efecto que le producirá tener que repetirlo una vez más.

Padre e hija dirigieron sus miradas hacia David, quien se esforzó en componer un gesto de despreocupación a la par que sonreía.

-No hagáis demasiado caso al señor Liddell. Es cierto que no me produce ningún placer tener que repetir la historia, pero no creo que contarla una vez más pueda producirme un trauma mental. Los médicos me han asegurado que mi cerebro ha soportado bien la prueba.

-Estoy verdaderamente intrigado -dijo Hans, aceptando la copa de coñac que le daba su hija.

El capitán Holzer cogió el escocés ofrecido por Malva. Con la otra mano la tomó por el brazo y la obligó a sentarse junto a él.

-Hubiera querido que estos momentos hubiesen constituido un inicio para nuestra felicidad, Malva. Desgraciadamente no puede ser así. Yo traigo de las estrellas, del tercer planeta de Polux, funestas nuevas para toda la Humanidad, para nosotros en particular. Lo siento.

-Cariño, no te comprendo pero te aseguro que nada de lo que me digas puede cambiar ya lo que verdaderamente siento por ti.

-Ojalá nunca hubiéramos ido a ese condenado planeta que antes de partir ya llamábamos Moswash. Es: posible que de no haber puesto nuestros pies en él, ahora estaríamos riendo y no pensando en un futuro atroz.

-Muchacho, por lo que más quieras, no destroces nuestros nervios -dijo Seaby-. La curiosidad me está destruyendo.

David se disculpó con una tímida sonrisa. Bebió parte de su escocés y dijo:

-Lo siento. Tal vez es que trato de demorar en lo que pueda el relato para evitarles por el mayor tiempo posible que tengan que sufrir.

Los Seaby se miraron y no se atrevieron a hacer ningún comentario.

David Holzer comenzó:

-Dejé la Tierra pensando en Malva y su imagen siempre la tuve presente durante los treinta días siguientes, hasta que nos dispusimos a posarnos sobre el prometedor Moswash.

CAPITULO IV

A bordo del «Terra» cundió una enorme alegría cuando después de tres órbitas sobre Moswash, se anunció que aquel planeta era un hermano gemelo de la Tierra.

Yo había leído el largo y árido informe técnico. Aparte de ser un poco menor que nuestro planeta y tener su atmósfera un pequeño exceso, aunque no peligroso, de gases xenón y otros, Moswash nos deparaba una estupenda acogida.

Cuando el «Terra» estuvo lo suficientemente cerca de su superficie, un día antes de la toma de contacto, ya sabíamos que allí no existía ninguna clase de vida que se pareciese a la humana. Su fauna era distinta a la de la Tierra, aunque guardaba con ella algunos puntos de contacto. Se eligió uno de los mayores continentes para aterrizar. Los otros no eran sino grandes islas totalmente cubiertas por una densa selva.

Alguien argumentó que no perdía la esperanza de encontrar vida inteligente e incluso ciudades en el planeta, refiriéndose a que desde el espacio exterior era imposible pensar que la Tierra contase con seres humanos.

No hicimos demasiado caso a aquella observación. Pronto íbamos a

salir de dudas, en realidad.

El aterrizaje se efectuó sin novedad alguna. Después de las comprobaciones de rutina, los jefes decidieron bajar a la superficie acompañados por algunos hombres, entre los cuales estaba yo.

Entonces se presentó el problema de si iba a ser el ruso o nuestro compatriota quien pisase por primera vez el planeta. Cada cual, aunque a disgusto, ofreció al otro el privilegio. Por cortesía los dos comandantes se negaron con firmeza. Aquello parecía que se iba a eternizar cuando decidieron que los dos pisarían aquel suelo virgen al mismo tiempo. Saltaron del último peldaño simultáneamente, pero yo creo que Taschenko lo hizo un segundo antes y en realidad fue el primer humano en hollar Moswash.

Aquel hecho parecía tener su importancia en aquel momento. Hoy causa hilaridad. Pero entonces todo el mundo estaba convencido de no encontrar vida inteligente en el planeta.

Aunque ya sabíamos que el aire iba a ser respirable, todos lo saboreamos como algo inusitadamente atractivo. Los comandantes se felicitaron mutuamente, olvidando en aquel momento sus pequeñas y lógicas rencillas durante el viaje. Todo lo desagradable suele quedar olvidado en un momento lleno de emoción.

Pero llegó el momento de ser prácticos.

Estábamos en aquel planeta para realizar un estudio a fondo de él, frío y estadístico. Por lo tanto, pronto abandonamos los formulismos, cortando tajantemente ambos comandantes una discusión suscitada entre algunos técnicos sobre el nombre que se le debía poner a aquel valle, a las montañas que se veían en el horizonte y al río que pasaba a unos centenares de nosotros.

Con toda rapidez empezamos a levantar las tiendas

de aluminio alrededor de la nave y que nos iban a servir de alojamiento, hangares y laboratorios de emergencia, aunque los principales seguirían estando en el interior del «Terra».

Los especialistas se apresuraron a sacar de la bodega los bultos que contenían el helicóptero e iniciaron el trabajo de montarlo a toda prisa, con la pretensión de tenerlo listo antes del anochecer.

Stack me hizo una indicación y nos alejamos de la nave. Llegamos hasta la ribera del río y contemplamos sus rápidas y verdes aguas. Era

bastante ancho y en sus cristalinas aguas descubrimos peces.

-Mañana pediré que pesquen algunos. Creo que pueden ser comestibles -dijo Stack-. ¿Le agrada la pesca, capitán?

Negué con la cabeza, respondiendo:

-Nunca tuve la oportunidad de comprobarlo, señor. ¿Es que queda algún río en la Tierra con peces?

-Estuve una vez en el Brasil. Allí aún puede uno dedicarse a la pesca, con la oportuna licencia del Gobierno brasileño. Lo que antes fue un deporte popular, al alcance de todos, hoy en día es algo casi imposible de realizar.

-Por fortuna aún pasarán muchos años antes que este valle se llene de pescadores -reliqué riendo.

La estrella Polux se estaba ocultando en el horizonte, y comenzaban a surgir las primeras sombras. Iniciamos el regreso al campamento que empezaba a levantarse alrededor de la nave.

-Taschenko y yo hemos decidido que yo mandaré la expedición de reconocimiento, capitán -dijo Stack- Usted vendrá conmigo.

Aquella noticia me alegró enormemente, pero oculté mis sentimientos, limitándome a responder:

-Se lo agradezco. ¿Por dónde comenzaremos?

El comadante señaló las montañas.

-Por allí. Veremos qué hay al otro lado. Luego describiremos con el helicóptero un gran círculo y regresaremos por el lado opuesto. Tenemos previsto explorar algunas islas cercanas. Tenemos tiempo para ello.

Yo arrugué el ceño.

-A veces un mes parece mucho tiempo; pero puede resultar insuficiente.

El comandante me miró.

-Sus palabras parecen encerrar algún presagio, capitán.

Traté de reír.

-No me haga caso. Aún estoy impresionado por encontrarme aquí, en un planeta a muchos años luz de la Tierra.

-¿El sueño de toda su vida?

Me encogí de hombros.

-Creo que ahora lo que más deseo es regresar. Es cierto que desde pequeño soñé en viajar por el espacio. Ya he satisfecho estos deseos. Es humano que ahora apetezca otras metas.

-Aquella chica a la que saludó después de la conferencia era muy bonita. ¿Su novia?

-Casi lo fue cuando estaba en la Universidad. Me parece que nos hemos comprometido un poco para cuando vuelva. Entonces le pediré que se case conmigo.

-¿Y dejará su carrera?

-Seguramente. Ya he experimentado viajar a las estrellas. Es suficiente una vez.

-Echará de menos esto, capitán. El espacio es un veneno para quien lo ama.

-Creo que ya estoy inmunizado. Me parece que ella me rechazó la primera vez porque comprendió que yo podía fracasar como marido si antes no satisfacía mis ansias de visitar otros mundos. Ahora sabe que ya estoy saturado de estrellas. Es inteligente. Comprenderá que ya sirvo para convertirme en un padre de familia.

La barrera de protección ya estaba instalada alrededor del campamento y el helicóptero casi terminado. Con una hora de trabajo, a la mañana siguiente estaría en condiciones de levantar el vuelo. También estaban dispuestos varios vehículos para excursiones más cortas.

Stack se reunió con Taschenko, y subieron a la nave para estudiar a solas el plan de trabajo que se iniciaría con el alba.

Creo que aquella noche pocos hombres de la expedición pudimos conciliar el sueño. En el exterior quedó una pequeña guardia. A partir del día siguiente casi todos dormiríamos en las tiendas de campaña. Aquello nos entusiasmaba.

Apenas salió el sol, ya estábamos junto al helicóptero, esperando que los mecánicos lo terminaran de poner a punto. Mientras, los equipos de geólogos, botánicos y demás científicos se aprestaban a su labor con inusitado entusiasmo.

Minutos después nos dijeron que podíamos ya volar y el piloto saltó al interior de la carlinga. Luego subimos el comandante Stack, tres hombres provistos de cámaras filmadoras y yo.

Todos estábamos armados y el aparato contaba con una ametralladora de gran calibre adosada en su parte izquierda. Era una medida obligada de precaución, pero que todos pensábamos ya, a la vista de ausencia de peligro en el planeta, que apenas íbamos a necesitarla. Incluso nos molestaba tener que llevar colgadas del cinto las pistolas y en el fondo de la carlinga los rifles automáticos. Pero había que seguir con las normas hasta el final.

Nos dirigimos directamente hacia las montañas. La mayor de ellas no mediría más de los tres mil metros. Cruzamos sin dificultad la cordillera. Al otro lado nos encontramos con un paisaje similar al que dejamos atrás, aunque los bosques eran más numerosos.

Bajamos un poco cuando descubrimos inmensas manadas de animales parecidos al casi extinguido bisonte, aunque de mayor tamaño, cuernos más largos y estilizados. Se espantaron ante la presencia del helicóptero y a punto estuvimos de iniciar una estampida.

-¿Volverá el hombre a cometer el mismo asesinato con estas bestias como lo hizo con sus lejanos parientes en los tiempos de la conquista del Oeste, capitán? -me preguntó Stack mientras nos alejábamos de la gran manada.

-Es frecuente que cometamos dos veces el mismo error, señor -respondí-. Confío en que servirá para algo el recuerdo del gran daño que hicieron nuestros antepasados.

Los bosques se acabaron y apareció un gran lago, que se perdía en el horizonte. Al principio pensamos que se trataba ya del océano. Pero el comandante consultó sus datos y dijo que éste aún estaba a más de mil kilómetros de nosotros.

Entonces ordenó al piloto que virase hacia la derecha. Regresaríamos al campamento dando un amplio rodeo.

-Esta tarde recorreremos la otra mitad del círculo -explicó el comandante-. Espero que antes de dos semanas hayamos explorado

desde el aire todo el continente. Si desde el helicóptero descubrimos algo interesante ya lo visitaremos posteriormente con más calma.

-¿Una ciudad, por ejemplo? -me atreví a ironizar.

Stack movió la cabeza.

-No. Prefiero el planeta tal como parece ser que es, sin seres humanos. ¿Acaso a usted le hubiera agradado que existiera aquí una raza superior a la nuestra?

-Eso dependería de muchos factores, comandante.

-Sí, es cierto.

Regresamos a la base y por la tarde volvimos a tomar el helicóptero.

Los siguientes viajes pronto perdieron la novedad de lo desconocido. El paisaje era igual en todas partes. Lo que en un principio nos pareció exótico pronto se convirtió en cosa normal a nuestros ojos.

Incluso ni la presencia de animales más o menos extraños nos llamaba ya la atención, como la primera vez que comenzamos a descubrirlos.

Los zoólogos ya creían tener catalogados la mayor parte de la fauna del continente. Sólo cabía la posibilidad de que en las islas existieran especies distintas.

Los días fueron transcurriendo cada vez más monótonos. Comenzábamos a añorar el regreso, que al fin los comandantes anunciaron que se efectuaría dentro de tres jornadas. Por lo tanto, comenzamos a ir recogiendo pertrechos y desmontar las instalaciones que estábamos seguros ya no iban a servirnos.

Los mecánicos preguntaron a Stack si debían desmontar ya el helicóptero. El comandante lo miró, pareció pensarlo y respondió:

-Lo haremos mañana. A última hora. Tal vez pueda servirnos aún.

Yo le había escuchado y entonces no le comprendí. Incluso habíamos explorado ya las islas más cercanas y no sabía para qué podíamos necesitarlo otra vez. No quedaba ningún plan de vuelo por cumplir.

Creo que la respuesta de Stack fue intuitiva y que ni él mismo comprendió luego por qué respondió así.

Pero lo cierto era que el aparato iba a servirnos de mucho al día

siguiente.

Miles de metros de película se habían impresionado y confeccionado centenares de informes que sumaban infinidad de folios por los distintos departamentos de investigación. Todos estaban de acuerdo con que Moswash era ideal para convertirse en una segunda Tierra.

Aquel mundo podía convertirse en una estupenda reserva para la Humanidad.

Al menos aquello pensábamos todos cuando aquella noche nos retiramos a dormir, ya en el interior de la nave otra vez.

En el exterior sólo quedaron los guardias.

Cuando iba a meterme en la litera recibí la orden del comandante Taschenko de inspeccionar las bodegas y asegurarme que todo el cargamento recogido en aquel planeta estaba bien estibado. Llevábamos más de cien toneladas de minerales, muestras de la flora e incluso, algunos animalitos, parecidos al conejo, perro y gato terrestres. Los pájaros los desechamos porque no disponíamos de jaulas especiales para ellos y por evitarles el choque de la aceleración. Pero sí teníamos en recipientes especiales una buena colección de peces.

Un poco malhumorado terminé de recorrer las bodegas y ya iba camino a mi camarote cuando sonó la alarma del exterior. Aquel inusitado aullido metálico me dejó paralizado. Nunca la había escuchado y necesité unos segundos para llegar a comprender que, por primera vez desde que estábamos en aquel planeta, algo no marchaba bien.

Miré la hora. Sosteníamos el horario terrestre pese a que Moswash tenía un día superior en una hora quince minutos al nuestro. Eran las tres de la madrugada. No dejé que la sirena volviera a sonar otra vez para lanzarme escaleras abajo. Por estar en las bodegas, es más cerca que nadie del exterior. Fui el primero bajar y aquello me ayudó a ver lo que sucedía en estrellado cielo negro y que había motivado la alarde los guardias.

No era para menos.

Más tarde sabría que en el puente de mando también observaban en aquel momento aquel fenómeno y que detectores lo estaban registrando. Y que incluso en aquel momento el comandante Stack se encontraba allí y fue testigo, al igual que yo, de la partida del planeta

la numerosa flota.

Porque, sencillamente, se trataba de una flota estelar que al unísono partía de algún lugar de la superficie de Moswash.

Yo me quedé plantado al pie de la escalerilla, la mirada alzada hacia el cielo y la boca abierta por el asombro, mirando aquellos centenares de estelas de fuego subir hacia las estrellas.

El espectáculo apenas duró ya unos segundos. Había llegado a tiempo justo para ver cómo las naves desaparecían en seguimiento de los grupos más numerosos que las precedían.

Los vigilantes acudieron a mí y yo aprecié la palidez de sus rostros en medio de la luz artificial que rodeaba nuestra nave.

Les repliqué que volviesen a sus puestos de observación hasta el momento del relevo y volví a subir al «Terra».

Toda la tripulación estaba ya despierta y en el interior de la nave existía una confusión terrible.

Logré llegar al puente de mando. Casi todos los oficiales estábamos allí congregados, alrededor de los comandantes. Stack había presenciado todo y hablaba él. El ruso le escuchaba absorto.

-Surgieron de improviso. Los detectores se volvieron locos. Aún no hemos terminado los cálculos, pero de todas formas nos será difícil llegar a saber de qué punto exacto del planeta han salido. Porque de lo que estamos seguros es que han partido del planeta. De eso no hay duda ninguna.

-¿Se sabe si su trayectoria les lleva a abandonar este planeta, señor? -preguntó un teniente.

-Sin duda alguna. Nuestros aparatos aún captan su presencia. Están acelerando constantemente, como si fueran a alcanzar la velocidad lumínica en pocas horas.

Se hizo un silencio espeso en el puente. El comandante ruso se alejó para revisar los detectores, que eran celosamente vigilados por los técnicos.

Regresó con nosotros y dijo:

-El comandante Stack tiene razón. La presencia de esa flota nos cogió

desprevenidos. No nos dio oportunidad ninguna de tomar datos previos que nos sirvieran para jugar con ellos más tarde. Pero creo que podremos adivinar dentro de poco, cuando se terminen unas operaciones, el lugar aproximado de la Galaxia hacia donde se dirigen esas naves desconocidas.

-Pero lo importante es conocer el lugar de donde partieron -apuntó preocupado un científico del departamento geológico.

-Por supuesto -respondió Stack-. El hecho no puede ser más sorprendente. Llegamos a la conclusión que este planeta carece de vida inteligente, y esta noche hemos presenciado la partida de una numerosa flota. ¿Qué explicación podemos dar?

-Tal vez no sean habitantes de este planeta, sino seres en situación de tránsito -repliqué.

Me miraron. Comprendí, leyendo en sus rostros, que no había dicho ninguna tontería.

-Es posible -admitió Stack-. ¿Por qué se han marchado de forma tan masiva? Admitamos que se trata de seres de otro planeta que estaban en éste cuando nosotros llegamos o llegaron posteriormente. ¿Decidieron irse para no encontrarse con nosotros? ¿Se han ido o han quedado algunos? Si ha ocurrido lo último debemos pensar que puede tratarse de seres hostiles o pacíficos.

Resopló y añadió:

-La situación es peliaguda, Nuestra partida debe efectuarse dentro de tres días como máximo, según los planes previstos. Pero creo que esto debe ser reconsiderado a la vista de los hechos. Considero por mi parte absurdo que no marchemos sin antes realizar una investigación a fondo. Debemos localizar, a mi entender, el sitio que sirvió de base a esa flota. Si se han marchado todos, es posible que encontremos pistas que nos sirvan para hacernos una idea de cómo son los seres que tripulan esas naves.

-Antes de desarrollar los viajes a mayor velocidad de la luz debieron inventar un comunicado que estableciese contacto con la Tierra inmediatamente -gruñó un técnico en radio.

Aquél, pensé yo, era el máximo inconveniente de los viajes a las estrellas. Las naves viajaban más veloces que los mensajes radiales, que nunca podían superar la velocidad de la luz.

-Sí, sería ideal poder pedir instrucciones a la Tierra -dijo Stack-. Como esto no es posible, señores, debemos decidir por nosotros mismos. Deseo conocer la opinión de todos.

-Es ganas de perder el tiempo discutiendo -dijo el ruso-. Lo sensato es quedarse algún tiempo más si en los tres días que nos quedan no logramos averiguar nada positivo. Propongo, por lo tanto, que se amplíe a diez días más nuestra estancia aquí, a menos que antes no sepamos lo que nos interesa.

Stack miró a todos. Debió leer en nuestras miradas la más completa conformidad con las palabras del comandante Taschenko.

Suspiró y dijo:

-De acuerdo. Como ya ninguno de nosotros será capaz de volverse a meter en la cama, propongo que desde ahora mismo nos pongamos a trabajar. Tan pronto como amanezca saldrá una patrulla en el helicóptero a inspeccionar una amplia zona al norte de nosotros. Me alegro que no hubieran comenzado a desarmarlo.

Yo le sonreí. Su intuición había resultado acertada.

CAPITULO V

-¿A la Tierra? -pregunté, sorprendido, a Stack.

El asintió con la cabeza, señalándome los resultados de los cálculos.

-No existe error alguno, lamentablemente -dijo lúgubre.

-De modo que esa misteriosa flota se dirige hacia la Tierra.

Me estremecí al pensar que llevábamos cinco días de infructuosa búsqueda, tratando de localizar el sitio de donde habían partido aquellas naves. Cinco días perdidos cuando en la Tierra nada sabían de la flota que hacia ella se dirigía. O al menos a un lugar peligrosamente cercano a ella.

Porque Stack reconoció que en última instancia la flota podría variar el rumbo y sólo pasar a varios millones de kilómetros de la órbita de Plutón.

-Pero la seguimos con nuestros detectores hasta que alcanzaron la velocidad lumínica. No la sobrepasaron, estamos seguros.

-Deberíamos regresar en seguida y advertir a la Tierra -comenté.

-Nuestra nave es más veloz. Podemos estar aquí aún varios días más y encontramos en la Tierra tres meses antes que ellos.

-¿Quiere decir que proseguiremos la búsqueda?

-Desde luego. Estoy seguro que en este planeta encontraremos una

respuesta convincente de la presencia de esa flota.

Me encogí de hombros. Como el comandante no tenía nada más que decirme, salí del puente de mando.

Me avisaron que el helicóptero regresaba y salí a recibirlo.

Hablé con los pilotos durante un rato. Como siempre, no habían encontrado nada. Una vez descendieron en una de las grandes islas del Norte. Creyeron ver en ella desde el aire algo que pensaron pudiera ser una ciudad. Luego no resultó otra cosa que un valle granítico de peculiar forma.

El jefe de los cartógrafos se acercó y extendió ante mí un mapa elaborado precipitadamente. Estaba cuadrulado y pocas zonas quedaban por señalar ya como inexploradas.

-Apenas nos quedan los casquetes polares -me dijo-. Me inclino por explorar primero el Norte. El Sur resulta demasiado pequeño. Aparte de unas islas al Este, nada queda en este condenado planeta por mirar. ¿Qué dicen los jefes?

-Por una vez están de acuerdo en que no debemos marcharnos sin asegurarnos que la flota no ha tenido aquí una base temporal o, por el contrario, pertenece a los nativos. Cada vez que regresa el helicóptero con noticias negativas,, parecen los dos más dispuestos a no darse por vencidos.

-Pues tendremos que mirar en el subsuelo- rezongó el cartógrafo.

Me rasqué la barbilla.

-No es mala idea-respondí sonriendo.

Se alejó de mí soltando imprecaciones. Indudablemente, mi broma le enfadó.

Si al principio se pensó que la flota había surgido del Norte del planeta y sobre aquella zona se dedicaron las primeras exploraciones, cuando se rastreó todo aquello y nada se descubrió, se llegó a la conclusión de que las naves podían proceder de allí cuando iniciaron su ascensión vertical, para salir de la fuerza de gravedad, pero que bien pudieron describir primero una órbita baja alrededor del planeta. Por lo tanto, si habían salido del planeta, pudieron despegar desde cualquier punto de la superficie. Lo que quería decir que no poseíamos ningún dato de interés.

El plazo de una semana dado por el comandante, se transformó en doce días primero y luego, cuando iba camino a alcanzar la segunda semana, nos prometió, al igual que el jefe ruso, que de los catorce días no pasaríamos en Moswash. Nos explicó que era el límite que podíamos permanecer allí si queríamos estar en la Tierra de regreso con la suficiente antelación a la flota.

Desde luego, no era aconsejable permanecer allí más tiempo, porque la tripulación estaba muy nerviosa. Todos ya, sin excepción, ansiábamos el regreso.

Un día antes de expirar el plazo definitivo, ocurrió lo inesperado.

Una solitaria nave fue descubierta por los detectores con el tiempo suficiente para poder calcular sin error alguno el lugar de su partida.

Antes que desapareciera en el espacio, con rumbo que seguía la trayectoria de las primeras que componían la flota, los computadores nos dieron las coordenadas precisas.

-De aquí partió la nave -dijo el capitán, señalando un punto nórdico del mapa-. Y la flota también, sin duda.

Miré. El índice del comandante señalaba un punto situado a ochocientos kilómetros al norte de nuestra situación, en la misma línea de la costa. Uno de los pilotos del helicóptero comentó:

-No estoy completamente seguro, pero creo que allí la costa posee una elevación de varios centenares de metros. Parece estar cortada con un gigantesco cuchillo.

Meneó la cabeza y terminó diciendo:

-No comprendo cómo de allí pudieron despegar cientos de naves. No existe un palmo de terreno que sea llano.

Taschenko respondió:

-Estará confundido, muchacho. Tal vez recuerde un lugar por otro.

-Es igual -dijo Stack-. Pronto saldremos de dudas, cuando veamos con nuestros propios ojos el lugar.

Se planteó la cuestión de quiénes irían. El helicóptero, único medio para trasladarnos allí, sólo admitía diez personas.

Yo había terminado mi servicio aquella misma mañana y no tenía otro

importante hasta dos jornadas después. Era uno de los oficiales libres y mi elección fue rápida. Lamenté que no fuera Stack, sino el ruso. Pero eso fue en aquel momento. Luego, por aprecio a Stack, me alegré que éste no pudiera ser quien llevase la jefatura de la expedición.

Seleccionar el resto de los hombres no fue difícil. Si hubiéramos pedido voluntarios, nos habríamos encontrado con un problema. Los elegimos antes que se ofrecieran. Era mediodía y nos apresuramos para completar el equipo. Aún podríamos estar en aquel punto de la costa, si nos dábamos prisa, antes de tres horas. Pero de todas formas, nos llevamos lo necesario para pasar allí noche.

Nos armamos hasta los dientes, pese a que estábamos dispuestos a que lo último que haríamos sería utilizar las armas. Todos teníamos el misterioso temor de enfrentarnos a una civilización desconocida, al parecer tan adelantada o más que la nuestra.

Subimos al aparato y Stack nos recomendó una vez más que estuviéramos constantemente en contacto con él por radio.

Entonces partimos.

El viaje hasta la costa Norte transcurrió sin nada digno que mencionar. Cuando el piloto nos anunció que nos acercábamos a ella, yo al menos sentí un áspero nudo en la garganta.

¿Qué era lo que esperaba encontrarme junto al océano? ¿Una ciudad fantástica, brillante y de increíble arquitectura?

La verdad es que no lo sé. Pero sentí el mayor desengaño de mi vida cuando rebasamos el gigantesco acantilado y nos adentramos en el mar unos cientos de metros antes de dar la vuelta.

No vimos nada de particular. Sólo rocas, vegetación y agua.

El piloto gruñó y dijo:

-Este es el lugar, sin duda alguna.

El mismo Taschenko repasó el mapa y llegó a la misma conclusión que él. En su rostro se le veía el desaliento.

De pronto, dijo con firmeza:

-Busca un sitio para posarnos, lo más cerca del punto en cuestión.

El piloto asintió. Era lo normal, ya que estábamos allí.

Cuando el aparato se acercaba de nuevo a los acantilados descubrimos en él algo anormal, algo que nos hizo concebir esperanzas de que no habíamos hecho el viaje inútilmente.

La roca desde aquella distancia parecía lisa como un espejo. Un par de líneas paralelas recorría el acantilado en una longitud superior a los quinientos metros. Seguimos volando y comprendimos que se trataba de un rectángulo.

El piloto acercó el helicóptero todo cuanto pudo hasta el acantilado y pudimos apreciar que la fisura que delimitaba el rectángulo debía medir más de dos metros. Detrás de ella vimos brillar el metal.

Taschenko se sobrepuso a su emoción y ordenó al piloto que volviese a recorrer el rectángulo. Cuando ya no tuvimos la menor duda de que aquello era obra de seres inteligentes, indicó el ruso al piloto que buscase un lugar para aterrizar.

Lo encontramos a pocos cientos de metros del acantilado. Aún las aspas giraban cuando saltamos todos, excepto el piloto y su ayudante. Entonces, Taschenko dijo a Hendell que comunicase al «Terra» nuestro descubrimiento. Yo le dije que nuestro mensaje podía delatarnos.

-¿Delatarnos? -sonrió con sarcasmo el ruso-. ¿A quién? Lo máximo que pueden hacer esos tipos es captar nuestro mensaje, pero dudo que lo entiendan. No sabemos lo que puede ocurrir y Stack debe saber lo que hemos descubierto.

Callé mientras Hendell transmitía. Taschenko me había dado una lección de lógica. No sabíamos lo que podía pasarnos. En todo caso, los de la nave debían saber por el momento que todos los indicios parecían indicar que de aquel lugar habían partido las naves.

Recordé lo que dije al cartógrafo acerca de investigar bajo tierra. Sonreí. Esperaba ansioso el momento de volverle a ver para hacerle comprender que mis palabras no eran disparatadas de ninguna manera.

-Ahora tenemos que encontrar el medio de entrar ahí abajo -dijo el ruso cuando Hendell terminó el mensaje.

Viniov, un suboficial que ejercía su trabajo en Suministros, dijo:

-Es indudable que este rectángulo da paso a un gigantesco hangar, señor. Pero no veo la forma de penetrar a través de esa enorme puerta.

-No pensaba hacerlo por este sitio. No creo que ningún ser bípedo al menos utilice tal entrada. Debe existir otra.

Miramos alrededor nuestro. Estábamos rodeados de rocas y árboles de poca altura, de intrincadas ramas. Aquello iba a ser como buscar una aguja en un pajar.

Oteé a mi derecha, por el lado contrario del océano. Me llamó la atención un pequeño calvero circular, en medio del cual se elevaba una roca de singular forma cilíndrica, difícil de creer que fuera producto de la naturaleza.

Señalé aquel sitio, y como era tan bueno como otro para iniciar una búsqueda, hacia allí nos encaminamos. Cuando estuvimos cerca comprendimos que nuestra suerte era inusitadamente buena. El cilindro no era una roca, sino algo construido con un metal de un extraño tono pardo.

Nos quedamos mirando lo que podía ser un acceso al extraño mundo que bajo nuestros pies parecía esperarnos.

-Bueno, ahora sólo nos queda encontrar la llave... -suspiró Hendell.

-Dudo que lo que abra esto sea algo parecido a una llave -comenté socarrón.

-Pues tú dirás...

Palpé el cilindro, notando su superficie áspera. No encontré ninguna hendidura. Llegué hasta el suelo mientras pasaba las manos alrededor de él. No sé qué ocurrió, pero el caso es que comenzó a elevarse, hasta situarse silenciosamente a la altura de nuestras cabezas.

Dejó al descubierto un pozo, que al principio fue de un intenso negro y luego, paulatinamente, adquirió una tenue luminosidad.

Nos retiramos de aquella profundidad como si temiéramos que fuera a tragarnos. Al ver que no sucedía nada anormal, volvimos a acercarnos muy despacio y miramos hacia abajo.

-Esto es muy profundo -dijo uno.

Impulsivamente, aquel tipo tomó una piedra y antes que nadie pudiera impedirselo, la arrojó al pozo.

Ante nuestro asombro, la piedra descendió con una lentitud pasmosa.

Nos miramos todos asombrados.

-¿Un nuevo concepto en ascensores? -musitó Hendell.

-Me pregunto si soportaría el peso de una persona -dijo el comandante Taschenko.

Por toda respuesta, el sargento se quitó el rollo de cuerda que llevaba a la espalda y se la ató a la cintura, diciendo que nosotros le eleváramos en caso de que cayese a plomo.

Luego el sargento, cuando varios sos teman la cuerda, se tiró resueltamente al pozo.

Al igual que la piedra, empezó a descender como una pluma.

Cuando estaba unos diez metros abajo, gritó diciendo que le subiéramos si nadie se decidía a acompañarle.

Rápidamente, el comandante dijo a dos que se quedasen allí y que no soltasen el extremo de la cuerda. Podía servirnos más tarde para subir si aquel extraño ascensor no servía nada más que para bajar.

Cuando entré en el pozo sentí un raro cosquilleo alrededor mío. Miré hacia arriba y vi las botas del comandante. Debajo de mí, dos hombres más descendían a derta distancia del sargento.

El singular descenso duró unos minutos, al cabo de los cuales un suelo luminoso ascendió hacia nosotros hasta que nos encontramos de pie sobre él.

Sentimos tentación de tomar las armas, pero el comandante pareció adivinar nuestros pensamientos y lo impidió con un movimiento de cabeza.

Entonces señaló un camino, único en aquella estancia circular, que se abría frente a nosotros. Se veía largo y estrecho, bañado también por aquella extraña luminosidad.

-Me pregunto si el pozo servirá también para subir -dijo Hendell mirando la cuerda que pendía de él.

Yo tomé un cartucho y lo arrojé al círculo oscuro que había en el suelo y que señalaba la dirección del tubo situado en el techo de la estancia.

Le había dado cierto impulso al cartucho hacia arriba y éste comenzó a subir hasta desaparecer por el techo.

-Ya sabemos que sólo necesitamos dar un pequeño salto para que ese conducto sirva tanto para subir como para bajar -dije, sonriendo triunfador.

-Esto resuelve algo importante, pero no todo. Tenemos enfrente lo peor -dijo el comandante, mirándonos fijamente-. Muchachos, vamos a enfrentarnos con algo desconocido. No puedo deciros si es peligroso o no por la sencilla razón de que sé tanto como vosotros del lugar donde nos encontramos. Si estáis dispuestos a seguirme, adelante. Pero recordad que sólo debemos usar las armas como último recurso.

Nuestro silencio indicó que estábamos dispuestos a ir tras él. Taschenko sonrió y empezó a caminar hacia el pasillo largo y estrecho, que al cabo de unos minutos nos llevó hasta otro más amplio, flanqueado por cristales que parecían ser una sola pieza.

Miramos a través de ellos y nos quedamos sobrecogidos, viendo lo que había al otro lado.

Creímos encontrarnos suspendidos en una pasarela sobre una gigantesca factoría totalmente automatizada. Las cadenas de producción corrían vertiginosa y silenciosamente, avanzando por kilómetros y kilómetros a lo largo de un recorrido en el que comenzaban vacías y terminaban llevando naves gigantescas, brillantes y amenazadoras a la vez.

Cegados por el asombro, no habíamos descubierto en los primeros instantes las figuras que alrededor de las máquinas en funcionamiento se movían. Aumentamos nuestra atención y un sudor frío debió recorrer nuestras epidermis cuando nos dimos cuenta de que se trataba de seres humanos enfundados en armaduras metálicas o asombrosos robots.

Entonces recordamos que estábamos detrás de un cristal y que podíamos ser descubiertos en cualquier instante. Pero todo el pasillo delante nuestro era igual. Una superficie metálica sobre la que caminábamos y las paredes transparentes. A ambos lados estaba la fabulosa fábrica, que si producía algún ruido, éste no debía llegar a nosotros.

Sólo nos quedaba la alternativa de seguir, de alcanzar el otro lado de aquel puente. Nos apresuramos a llegar y nos encontramos un poco a salvo cuando entrare en una sala carente de paredes de cristal.

Nos miramos los unos a los otros, esperando de alguno una explicación convincente. Como nadie podía darla, el comandante hizo

una silenciosa señal para que continuáramos.

Las estancias silenciosas y vacías fueron quedando atrás. En varias ocasiones estuvimos a punto de entrar en pasadizos elevados como el que ya habíamos cruzado, con su fabril instalación abajo. Pero optamos por dejarlos atrás y buscar otros caminos más seguros, que debían conducirnos a algún sitio, aunque no sabíamos a cuál ni para qué.

Inesperadamente, entramos en una sala mayor que todas las que habíamos visto. Sus paredes estaban decoradas con algo que atrajo nuestra atención. Parecían bajorrelieves alegóricos a algún tema incomprensible para nuestro entendimiento. Tenían cierto parecido con las pinturas avanzadas de nuestro viejo mundo, aunque lo que parecían querer representar era algo mucho más ignoto.

-Miren esto -dijo tembloroso un miembro de la expedición.

Nos volvimos y vimos en bajorrelieve una esfera que mostraba los contornos conocidos, aunque representados burdamente, de nuestra Tierra. Extraños rayos parecían converger sobre ella desde lejanos puntos de un espacio que le era hostil.

Por mi mente pasó que era una viva representación de un suceso que iba a ocurrir, una profecía o un mensaje procedente del pasado presagiando una fatal venganza. Pero como nadie dijo nada, pensé que mis ideas habían cabalgado locamente y callé.

Pero a todos nos costó trabajo abandonar aquella sala. Cuando intentamos seguir nuestro camino, la puerta que teníamos enfrente nos cerró el paso. Era de acero o algún metal similar y parecía ser demasiado sólida.

-Si tuviéramos dinamita la volaría -gruñó Viniov.

Nos apoyamos sobre ella y empujamos.

Como si aquella ciudad subterránea pareciera burlarse de nuestro esfuerzo, un susurro comenzó a surgir de cada átomo de las paredes hasta convertirse en una música monocorde.

Las paredes comenzaron a temblar y el color blanco de la luminosidad que nos rodeaba inició un cambio cromático de forma frenética.

Era como si nos encontrásemos en medio de un escenario de algún irreal teatro. Formas nubosas adquirieron movimiento y nos rodearon,

aunque ignoraban nuestra presencia. Estábamos asistiendo a una representación inconcebible.

Nuestros nervios estaban demasiado alterados para asistir a aquella representación y nos negamos a sumergimos en la trama.

Al igual que el cilindro de forma inesperada nos ofreció la entrada hacia el pozo, la puerta sobre la que estábamos apoyados se 'deslizó suavemente hacia un lado.

No lo dudamos y franqueamos el umbral, deseosos de alejamos de aquella danza frenética, en la que figuras gigantescas parecían dominar a otras menores, de constitución repulsiva y ademanes grotescos.

CAPITULO VI

Suspiramos cuando la puerta se cerró detrás nuestro, separándonos de aquel fabuloso teatro inhumano.

Adonde habíamos ido a parar no era un lugar más tranquilizador.

Nuestro grupo, ante aquella estancia de proporciones gigantescas, parecía ridículo, desamparado.

El techo se elevaba docenas de metros sobre nuestras cabezas y al frente teníamos un muro transparente, con extrañas formas al otro lado que debido a la distancia, no podíamos concretar.

Diversas puertas esféricas mostraban su cerrada faz a izquierda y derecha de nosotros.

Alguien gritó de forma histérica señalando un sector del suelo a pocos metros del lugar donde nos habíamos quedado paralizados por la impresión.

Mi cabeza dio vueltas cuando leí:

«Marchaos... Regresad... El peligro que marcha hacia nuestro planeta puede ser conjurado... Pero es preciso que regreséis dos o tres meses antes... L. L.»

Saqué un papel y copié la frase, aunque creo que nunca la olvidaré. Se quedó grabada en mi memoria. El comandante se inclinó y pasó la mano sobre el escrito redactado en inglés y con caracteres de imprenta, toscos. La retiró manchada de tinta de rotulador reseca., de

algo fabricado en la Tierra o con un procedimiento similar al empleado en nuestro planeta.

-Todo esto es absurdo -musitó Taschenko-. N tiene lógica alguna.

Estuve de acuerdo con él. Me adelanté un poco y caminé hacia la pared de cristal. Entonces descubrí, a pocos metros antes de llegar a ella, un bulto grande en e suelo.

Esperé a que los demás se acercaran antes de inclinarme hacia aquello, que no era otra cosa que un cuerpo con bastante apariencia humana.

Debía medir unos tres metros de altura y era un ser bípedo, de enorme corpulencia. Su cabeza, aunque grande respecto a la nuestra, era desproporcionadamente pequeña. Su estado dé descomposición no era demasiado adelantado. Dije al ruso que no podía llevar muerto más de tres o cuatro días y él negó rápidamente con la cabeza primero y dijo después:

-Este ambiente es terriblemente puro. ¿No ha notado que no sentimos frío ni calor? En estas condiciones un cuerpo puede tardar en descomponerse semanas o meses.

Aquel ser vestía un extraño uniforme que parecía pegarse a su cuerpo como una segunda piel, dejando sólo al descubierto la cabeza y unas manos grandes, de seis dedos.

-Es un gigante -susurró Hendell, temiendo que llegara a despertarse.

Alguien comentó que debíamos regresar y nadie se atrevió a contradecirle, ni siquiera el comandante. Taschenko podía pensar, al igual que yo lo estaba haciendo, tal vez fuera más importante volver de inmediato anunciar nuestro descubrimiento, que correr riesgos en aquel lugar desconocido intentando averiguar más cosas.

Aunque confusa e ilógicamente, sabíamos bastante como para volver más adelante y mejor preparados. ¿Un verdadero ejército? ¿Por qué no? Y también un equipo completo de sabios.

Las facciones del gigante, como bien lo llamara Hendell, tenían un sobrecogedor parecido con las nuestras, aunque careciera de todo vello y su cráneo fuese más abultado que el nuestro.

Al volverle de espalda vimos el agujero por el que algún tiempo atrás había salido sangre. Ahora estaba negra. Había sufrido una

coagulación rápida, cortando pronto la hemorragia, pero que no había impedido su muerte.

-Parece una herida mortal a causa de un proyectil -dijo Taschenko-. Un proyectil parecido a los nuestros.

-Deberíamos llevárnoslo -dije-. Tenemos que poner ante los ojos de nuestros paisanos algo que nos ayude a hacerles creer todo esto.

Entonces nos maldecimos en silencio por nuestro imperdonable olvido al no habernos llevado cámaras para filmar.

Taschenko asintió.

-Sí, es buena idea. Llegará bien conservado en una de las bóvedas frigoríficas.

Los hombres sacaron unas cuerdas para atar al gigante y yo comencé a caminar hacia la pared de cristal.

Al otro lado se veían una ingente cantidad de máquinas que ocupaban todo un lateral. En el contrario, una serie de pantallas de televisión que mostraban diversos aspectos de aquel mundo subterráneo. Parecía tratarse de un monitor para vigilar el trabajo automático de las plantas fabriles.

¿Pero quién vigilaba todo aquello?

En el centro de aquella estancia separada de nosotros por el cristal, se alzaban dos camillas. Ambas estaban ocupadas por sendos cuerpos tendidos e inmóviles. Uno era mucho mayor que el otro y los dos estaban rodeados de cables resplandecientes que parecían estar conectados a ellos por electrodos. La posición que ocupaban con respecto a nosotros nos impedía ver sus rostros, que eran lo que quedaba más alejado.

Una serie de singulares aparatos, con extraños y largos brazos, permanecían alrededor de las dos camillas en una posición que indicaba una paciente vigilancia.

-Uno de ellos parece ser hermano gemelo del gigante, pero el otro es mucho más pequeño, casi un enano si los comparamos -dije a Taschenko.

-Nosotros pareceríamos enanos si ese cadáver resucitase.

-¿Cómo se podría entrar aquí? -pregunté palpando la pared transparente-. Estoy seguro de que ahí dentro es donde está el control básico que gobierna esta ciudad automática...

-Déjelo -me ordenó imperativamente el comandante.

Le noté nervioso. Nos volvimos. Ya los hombres esta comenzando a arrastrar el gigante. Comprendí que el momento de regresar y yo me pregunté si lo iba a hacer con la misma facilidad que hasta entonces habíamos llegado hasta allí.

Ya estábamos cerca de la salida principal, que conducía a la estancia-teatro, cuando las puertas circulares situadas a ambos lados nuestros se abrieron secamente. Y por ella surgieron una serie de robots tan altos como el cadáver que arrastrábamos. Avanzaban sobre gran rueda y al hacerlo movían levemente sus artículos brazos.

Durante unos segundos nos quedamos paralizados, sorprendidos por aquella aparición. El ruso reaccionó y nos indicó con un ademán que siguiéramos retrocediendo. Cuando unos hombres hicieron intención de seguir tirando del cadáver, ordenó que nos olvidásemos de él. Ya teníamos preparados los rifles. Con ellos apuntando a las figuras metálicas que avanzaban hacia nosotros llegamos a la puerta y comenzamos a franquearla. En aquella estancia el frenesí que existía cuando la abandonamos había cesado, pero se reanudó apenas nuestros pies hollaron su superficie metálica.

Entonces atacaron los robots.

De sus brazos surgieron unas lenguas de luz viva que al tocar el suelo se convirtieron en cascadas chisporroteantes de fuego.

Todos abrimos fuego al mismo tiempo. Los rifles de repetición inundaron aquel ambiente con sus secos estampidos.

Los proyectiles apenas consiguieron producir algunas abolladuras en aquellos cuerpos metálicos.

Los robots volvieron a disparar sus descargas de fuego y esta vez su abrasador calor nos lamió lacerantemente. Estaban corrigiendo con rapidez su puntería.

No podíamos permanecer más tiempo allí y corrimos. Atravesamos aquel inaudito teatro y dejamos atrás las salas con los bajorrelieves.

Pero aquel tropel metálico había dado mayor velocidad a sus ruedas y

parecía ganarnos terreno. Uno de los hombres se rezagó demasiado y recibió en plena espalda la descarga de fuego de varios robots.

No pudimos hacer nada por él, porque cuando cayó al suelo estaba completamente carbonizado.

El comandante nos gritó que siguiéramos adelante y alcanzásemos el pozo. Entonces hincó rodilla en tierra y apuntó cuidadosamente. Yo vacilé y decidí quedarme a su lado. Igual hicieron el sargento Viniov y Hendell.

Los disparos del comandante dieron en lo que parecía ser la cabeza regidora de aquellos seres metálicos, justo en unos orificios que relucían en rojo. Dos de los robots vacilaron y cayeron. Taschenko había, intuitivo perfectamente su punto vulnerable.

Varios autómatas cayeron, pero seguían llegando más, que se las ingeniaban para pasar por encima de los restos de sus compañeros de metal.

Pero los habíamos entretenido lo suficiente, para ganar unos minutos preciosos. Corrimos frenéticamente e intentamos alcanzar al resto del grupo.

Estábamos cerca de las enormes fábricas de naves. Cruzamos sus pasarelas suspendidas y vimos a través de los cristales que la actividad que reinaba en ella no se había alterado. Los robots que junto a los trenes de montaje parecían cumplir su misión de capataces, sentían en su labor inalterables. Al parecer, la alarma no les concernía.

Casi habíamos cruzado aquella pasarela cuando docenas los de robots, disparando sus rayos de calor, irrumpieron en ella. Corrían más veloces que antes y sólo la caída ante nuestros disparos de sus compañeros les contenía un poco.

Todos los hombres quisieron quedarse para hacer frente a aquella avalancha robótica. Pero Taschenko gritó que nos fuésemos todos. Yo no estaba dispuesto a obedecerle. El me dijo que me iba a mandar a un consejo me guerra si me insubordinaba.

Entonces, un robot que se había adelantado más que sus compañeros disparó el fuego de sus brazos y alcanzó al comandante en las piernas.

Mientras los demás disparaban frenéticamente para contener el avance, yo inspeccioné al comandante. Sentí un escalofrío cuando comprendí que nada podía salvarle. Tenía el rostro crispado por el

dolor y sus manos seguían sosteniendo la automática.

-¡Váyanse de una vez! Yo estoy listo. Los aguantaré mientras huyen.
¡Obedezcan!

Como tenía razón, indiqué a los hombres que me siguieran. El sargento Viniov se hizo el remolón y un robot lo abrasó casi completamente.

Lo último que vi del comandante, fue que disparaba como un loco contra los robots, pero con el suficiente cuidado como para lograr inmovilizar a uno por cada disparo.

Llegamos hasta el pozo y nos impulsamos dentro de él. La lenta ascensión estuvo a punto de hacer estallar nuestros nervios. Siempre estuvimos temiendo que los robots llegasen hasta allí y asomasen sus mortales brazos, disparando contra nosotros a placer, mientras mirábamos ansiosos la luz del día que moría sobre nuestras cabezas.

La cuerda aún estaba allí y uno la recogió mientras los hombres que habían quedado de vigilancia en el exterior nos ayudaban a salir. Quisieron saber lo que había pasado y les dije que por el camino se lo explicaría. Un tanto atropelladamente subimos al helicóptero y respiré aliviado cuando las aspas comenzaron a girar y mucho más cuando comenzó a ascender.

Entonces ordené a Hendell que estableciera contacto con el comandante Stack y le dijera que lo tuviera todo dispuesto para que el «Terra» partiera tan pronto nosotros llegáramos.

Todo el camino hasta que llegamos al lugar donde estaba posada nuestra nave estuve temiendo que los seres de la ciudad subterránea intentasen algo contra nosotros. Incluso tuve el funesto presentimiento de encontrar destruido el «Terra» a causa de un ataque inesperado.

Pero la nave estelar estaba intacta y toda la impedimenta recogida.

Abandonamos allí mismo el helicóptero, porque no quisimos perder más tiempo.

Minutos después de regresar el grupo de supervivientes, la nave se pegó del planeta Moswash.

Y yo, sobreponiéndome al cansancio, tuve que empezar a contarle al comandante y demás oficiales y técnicos lo que nos había ocurrido.

-Esta es una historia que, por diversas causas, he tenido que relatar varias veces -sonrió-. Pero no me ha importado volver a hacerlo para ustedes.

El profesor Hans Seaby y Malva miraron al capitán Holzer. Estaban vivamente impresionados por lo que habían escuchado.

-No sé cómo calificar todo esto -dijo Seaby-. ¿Qué pasó después? ¿O es más correcto preguntar qué pasará ahora?

-Por desgracia lo que nos preocupa es saber lo que nos pasará en un futuro próximo -asintió David-. No tuvimos ningún incidente digno de mención en el regreso. Es indudable que la mayor velocidad de nuestra nave nos permitió dejar muy atrás la flota. Si verdaderamente esas naves se dirigen aquí, creemos que antes de cuarenta días estarán a la vista de nuestros telescopios. Entonces, inexorablemente, sabremos si sólo van de paso hacia algún punto de la Galaxia o... este sistema planetario es su definitivo punto de destino.

-Es lamentable que no se tengan datos más concretos de esa misteriosa ciudad, capitán -dijo el profesor Seaby.

-Pero conocemos lo suficiente para asegurar que representan un peligro para nosotros -dijo Liddell-. Existen ciertas alegorías en ella que parecen indicar una predisposición contra la Tierra.

Seaby se encogió de hombros, no pareciendo estar . muy conforme.

-Estamos perdiendo el tiempo haciendo conjeturas. ¿Cuál es la hipótesis que se han hecho respecto a ella?

-Por supuesto que no sabemos nada de su origen pero sí que es una infernal y gigantesca máquina automatizada dispuesta para la destrucción. Es una factoría en donde se construyen naves de guerra portadoras de muerte. Una flota salió de allí hace semanas con dirección a la Tierra. ¿Su cometido? No lo sabemos, pero nos

inclinamos a asegurar que nada bueno nos depara cuando entren en este sistema. Por el momento, hemos silenciado al mundo el resultado de la expedición. Aún no sabemos si darlo a conocer. Por suerte, se mantuvo el viaje a Polux en secreto y la gente no se extraña de nada aún.

-Pero tendrán que darle una explicación cuando esa flota, si ciertamente se dirige aquí, sea visible a simple vista -comentó el profesor.

-Desde luego. Y nos preguntamos si para entonces ya no será todo demasiado tarde.

-Quizá sus intenciones no sean belicosas -dijo Malva.

-No puede ser de otra forma. Aquellos robots nos atacaron -dijo David.

-¿Qué hicieron para que de súbito surgieran de aquella puerta y disparasen sus haces de fuego? -preguntó Malva. ,

David se encogió de hombros.

-No nos molestaron cuando entramos en la ciudad ni al recorrer una gran parte de ella. Solamente cuando nos acercamos al cristal tras el cual estaban aquellos misteriosos seres acostados en las camillas.

-Tal vez por eso se activaron -musitó Seaby-. Porque antes cruzaron las salas de montaje y los robots que en ellas había trabajando parecieron ignorarles. Podían ser los guardianes de esos gigantes...

-El muerto sí era un gigante y uno de los yacentes. El otro ser de la camilla parecía ser muy parecido a nosotros -explicó David.

-¿Está seguro, Holzer de que el cadáver presentaba herida similar a la de un disparo? -inquirió Seaby. -No la examinamos muy a fondo, pero apostaría a e sí.

Seaby soltó una risita, explicando a continuación:

-Si la existencia de una ciudad fabulosa en un planeta que carece de presencia inteligente en su superficie es ya de por sí algo inusitado, más truculento es el hecho de encontrar rastros terrestres allí. Un extraño ser muerto, aparentemente por un arma terrestre...

-No he dicho que fuera por un disparo de arma de fuego...

-Lo comprendo. Pudiera ser un arma nativa de características iguales -

se apresuró a admitir el profesor-. ¿Pero y la escritura en inglés trazada en el suelo? ¿Qué puede decirme al respecto?

David hizo un movimiento de impotencia.

-Eso fue lo más sorprendente. Marchaos... Regresad... El peligro que corre hacia nuestro planeta puede ser conjurado... Pero es preciso que regreséis dos o tres meses antes... L. L. ¿Un mensaje en inglés que iba dirigido a nosotros o a los primeros terrestres que llegasen a Moswash? ¿Un peligro que se cernía sobre un planeta? ¿La Tierra en este caso? Y lo peor es el final. La necesidad de regresar dos o tres meses... ANTES. ¿Por qué antes? ¿Cómo se puede volver a un sitio ANTES? Y para terminar, esas dos eles que bien pueden ser el comienzo de una frase que no pudo terminarse o Dios sabe qué cosa quieren decir. O pretendieron decirlo. Quizá en su inconclusión pudo haber estado la explicación total al enigma.

Seaby palideció y notó sobre sí la mirada de su amigo Leo, quien, con los ojos entornados, le observaba.

-Quien fuera que escribió la frase, dijo nuestro planeta, no la Tierra, pero al redactarlo en inglés, es indudable que se refería a nuestro mundo -dijo lentamente Seaby-. Me pregunto si antes del «Terra» no partiría otra nave hacia Polux en secreto, de forma que los Gobiernos de las grandes potencias no se enteraran...

-Eso es totalmente imposible. Si hubo seres que sabían escribir en nuestra lengua en Moswash, no fueron terrestres.

Seaby sonrió.

-En las novelas de anticipación siempre se usa el tópico que los extraterrestres hablen nuestro idioma porque lo aprenden en las emisiones de radio.

-Me temo que la realidad ha desbordado en esta ocasión a la fantasía, señor -dijo David-. Ya se habrá imaginado el efecto que ha producido nuestro regreso, profesor Seaby.

-Eso quería saber, amigo. ¿Qué piensan hacer los Gobiernos ruso y americano al respecto? ¿Comunicarlo al mundo?

-De momento, mantendrán un compás de espera, al menos por unos días -se encogió de hombros David-. Pero lo peor de todo es esa nueva flota que las fábricas subterráneas parecían estar terminando. Puestos a suponer lo peor, podemos pensar que una segunda flota saldrá de

inmediato de Moswash para rematar la acción de la primera.

-¿Entonces no hay duda de que la Tierra está amenazada?

-Es mejor pensar lo peor para prevenimos lo mejor posible. Si nos equivocamos, todos nos alegraremos Pero aquellos bajorrelieves y el asombroso teatro con su representación alegórica parecían querer decirnos que todo el esfuerzo de aquella ciudad estaba encaminado a promover la destrucción de un mundo, quizá la Tierra.

Seaby cerró los ojos. Durante toda aquella charla haba notado siempre fija en él la atención de Leo. Su amigo no era torpe a la hora de pensar y, seguramente, cuando supo de la aventura de los expedicionarios a Polux, en seguida pensó en él... y en su complicado trabajo iniciado hacía años y en el que nadie creyó.

Leo Liddell terminó su tercer escocés y dijo a Hans: -Tenemos permiso hasta mañana para regresar a la base, Hans. Traigo un mensaje del Gobierno para que regreses conmigo. Te necesitaremos estos días. Además...

Seaby entornó una sonrisa de rendición.

-Termina, amigo. ¿Qué ibas a decirme?

-Recuerda que prometiste enseñarme algo cuando la expedición regresase.

David dijo anhelante:

-Sí, profesor. Por el camino, el señor Liddell me estuvo hablando de trabajos suyos empezados hace años y... La verdad es que estamos tan desesperados y desorientados, que pretendemos asirnos a cualquier esperanza. Y usted representa una esperanza para nosotros.

Seaby se levantó.

-No sé qué le habrá dicho este charlatán, capitán -dijo-. Lo cierto es que antes de venirme de la base apenas si le revelé algo acerca de mi trabajo. Le vi tan preocupado por el regreso de ustedes que no consideré justo distraer su atención. Pero creo que él comprendió algo. El resto es posible que lo adivinara cuando recordó tiempos pasados, en los que todos mis compañeros se reían a mi espalda a causa de mis teorías.

Leo bajó la cabeza.

-Tu obsesión por el tiempo era algo en aquellos años que sólo podía concebirse en los relatos de fantasía, amigo mío.

Seaby suspiró:

-También lo fueron los viajes a las estrellas..., y ya ves. Por favor, síganme.

El profesor salió de la estancia, seguido de Leo. David tomó a Malva del brazo y ambos marcharon tras los dos sabios. Bajaron al sótano y Seaby abrió una puerta cerrada con llave.

-Amigo Leo -dijo Seaby-. En nuestros tiempos universitarios, fuimos los más inseparables amigos. Creo que tú adivinabas mis pensamientos y yo los tuyos. Era aquél un juego muy divertido. En esta ocasión yo he logrado saber lo que tú pensabas. Claro que te basabas en suposiciones. ¿Qué pasaría si te dijera que detrás de esta puerta tengo desarrollado el prototipo de un revolucionario sistema de refrigeración?

Leo soltó una risita nerviosa.

-Me decepcionarías.

-De ninguna manera. Sólo habría dedicado mi esfuerzo a algo útil, como tú siempre decías que debía hacer yo.

-Oh, vamos, no seas tan vengativo.

Seaby gruñó y empujó la puerta al tiempo que decía:

-Ha sido necesario que un puñado de hombres vayan a Polux y en uno de sus planetas hayan leído un mensaje que diga que es preciso que vuelvan semanas antes, para que tú empieces a tener un poco de fe en mí. ¿Has dicho algo de esto al Gobierno?

Leo negó con la cabeza. Parecía nervioso por entrar. Cuando al fin el profesor le franqueó el paso, lo hizo violentamente. Apenas se encendieron las luces y el trabajo realizado por Seaby y su hija en muchos años se mostró a los recién llegados, Leo no pudo reprimir una exclamación de desencanto.

Enfurecido, Seaby le increpó:

-¿Qué esperabas encontrar para que en seguida supieras que se trata de un medio para viajar por el tiempo?

CAPITULO VII

-No sé, pero algo más... ¿Cómo podría definirlo, Hans?

-¿Más espectacular?

-Sí, es posible. Es que encuentro todo esto demasiado simple -terminó diciendo Leo Liddell.

Seaby apretó el brazo de su amigo y dio la vuelta al bloque de aparatos. Se situó al otro lado y encendió unos interruptores. No hubo chispas ni salto de energía eléctrica de un electrodo a otro que convirtiera el momento en algo irreal.

Solamente se percibió un suave rumor.

David susurró al oído de Malva:

-Liddell me confesó que tenía plena confianza en que tu padre hubiera resuelto los problemas para viajar en el tiempo. Cariño, ¿tú estás segura que esto funciona?

Malva asintió, divertida:

-Trabajé dos años con mi padre, cuando ya solamente tenía que llevar a la práctica los planos y proyectos. Claro que esto es sólo un prototipo. No puede entrar una persona en su campo transmisor, porque no queremos consumir demasiada energía, pero tenemos experiencia y sabemos que funciona. Un ser humano no suele ser afectado en nada al someterse al proceso.

-Espero que hayáis acertado. Es preciso regresar a Moswash en el pasado.

-Así será, capitán -respondió Hans, mientras seguía atentamente el paso de la energía.

-¿Crees poder tener a tiempo dispuesta tu máquina? -preguntó Leo-. Te veo muy seguro, Hans.

El profesor sonrió.

-Podréis ir a ese condenado planeta y averiguar para qué el mensaje os pide tal cosa. Pero, ¿qué opinarán los Gobiernos?

-Aceptarán, si les presentamos una prueba convincente de que eres capaz de enviar seres humanos al pasado o el presente.

-Un momento -interrumpió Hans Seaby-. Siempre se ha hablado de una máquina o lo que sea que traslade objetos o personas por el tiempo, pero creo que existe una limitación.

-¿Cuál es tu limitación? -preguntó Leo, poniéndose en guardia.

-Solamente podemos viajar al pasado, al pasado acumulativo. Nunca al futuro. El futuro existe o existirá para nuestros descendientes, no para nosotros. Con respecto a nuestro campo temporal es una dimensión inexistente aún. Podemos viajar un minuto atrás en el tiempo. También, si dejamos pasar una hora, podemos estar a cincuenta minutos de nuestro futuro actual, que entonces será nuestro pasado.

-Hablas de minutos. ¿Tan limitada es tu máquina?

Seaby se rascó la barbilla.

-No me gusta que se le llame a mi transmisor temporal máquina del tiempo, pero si es más fácil definirla así por inercia... Es igual. No, claro que no solamente tenemos horas, o minutos para viajar al pasado. Podemos hacerlo miles o millones de años. Es lo mismo. Solamente precisamos de un mayor consumo de energía cuanto más nos alejemos del presente hacia el pasado. Calculo que para que seis personas viajen a cien años atrás se necesitará la energía que consume Nueva York en un año.

Leo palideció.

-Eso quiere decir que tu ingenio sólo puede hacer el viaje de ida y no el de regreso. ¿Cómo va a encontrar energía en el pasado o llevarla consigo en cantidad tan grande?

-El tiempo es algo aún casi desconocido para nosotros, una dimensión que ni yo conozco totalmente. Siempre se ha especulado con las paradojas del tiempo. ¿Recordáis el relato de un hombre que se traslada al pasado y sin darse cuenta mata a su abuelo? Altera la historia. Cuando regresa a su tiempo se lleva la sorpresa que no existe, porque rompió la cadencia temporal. No me gusta eso. Es absurdo.

-¿Cuál es tu teoría?

-La más simple y creo que es la verdadera. Pero debes permitirme, Leo, que por ahora me la reserve. Antes de hacerlo público necesito asegurarme que es auténtica. Ahora lo que te interesa saber es cómo funciona esta máquina, ¿verdad?

Leo asintió con la cabeza en silencio.

-De acuerdo -siguió Hans-. He pensado algo que supongo será

suficiente para hacerte comprender cómo funciona mi... máquina del tiempo.

Hans se acercó a la plataforma resplandeciente encerrada en una cúpula de cristal que levantó cuidadosamente. Tomó un recipiente lleno de pintura verde, que colocó en el centro. Luego bajó el cristal.

-Ahora esperaremos diez minutos. Al cabo de estos retiraré el recipiente con la pintura.

-¿Qué esperas obtener con eso? -preguntó Hans impaciente.

-Ten paciencia. Mientras, te explicaré que solamente debemos preocuparnos en obtener la energía para enviar algo al pasado. Esta energía persiste hasta el momento, no importa el tiempo transcurrido, para que nosotros desde aquí hagamos regresar al objeto. Si son personas las que viajan no es difícil proveerlas de un mando que les permita volver cuando quieran utilizando la misma energía usada para iniciar el viaje.

-¿Quieres decir que siempre están atados a su presente por un hilo invisible?

-Puedes definirlo así, aunque no es muy ortodoxo.

Pasaron los diez minutos. Malva los había estado controlando y se lo advirtió a su padre. Entonces Hans procedió a retirar el recipiente con la pintura y dijo que debían esperar otros diez minutos.

Leo y David dejaron pasar aquel tiempo un tanto impacientes. Cuando hubo expirado el plazo Hans colocó una pelota de goma en la plataforma. Su hija le ayudó a bajar la cúpula y él movió unos interruptores.

La pelota de goma desapareció suave y silenciosamente de la plataforma.

-¿Dónde está? -preguntó David, acercándose.

-La pelota está a quince minutos en el pasado -replicó Hans consultando su cronómetro-. La haré regresar dentro de treinta segundos.

-No comprendo... -empezó a decir Leo Liddell.

-Espera, por favor.

Los segundos pedidos fueron pasando, hasta que Hans movió una palanca y la vibración que recorría suavemente la instalación cesó por completo. Se dirigió a la cúpula y la abrió.

Sobre la plataforma estaba la pelota de goma, que ofrecía un vivo color verde. La cogió y se la entregó a Leo, quien se apresuró a decir: ,

-La pintura está aún fresca.

-Exacto.

-¿Qué ha pasado realmente? -preguntó Holzer.

Malva respondió por su padre: i

-Durante diez minutos estuvo en la plataforma el recipiente con la pintura. Papá envió al período de tiempo en que estuvo la pelota. Por treinta segundos estuvo la pelota sumergida en pintura, a quince minutos del pasado. Cuando ha regresado, como hemos visto, está bañada de verde.

-Muy interesante -musitó Seaby-. Pero la gente del Gobierno puede pensar que sólo se trata de un truco de prestidigitación, ¿no?

Seaby asintió.

-Me temo que sean tan incrédulos, amigo. Estoy dispuesto a someterme a todas las pruebas que deseen.

Leo suspiró.

-Entonces no hay tiempo que perder. ¿Se puede mover este prototipo del emplazamiento? Deberíamos partir hacia la base en seguida. En la ciudad tenemos un avión esperándonos.

-Llamaré del pueblo una furgoneta para que transporte el equipo hasta la ciudad. No hay ningún problema -respondió Seaby-. Malva preparará mi equipaje y estaré dispuesto a seguirla en veinte minutos. Para entonces ya estará aquí también la furgoneta.

-Serán dos los equipajes que prepararé, papá -dijo Malva-. No creo que pienses que me voy a quedar aquí. A no ser que esta vez no me permitan la entrada en la base.

Leo sonrió.

-Diré que sin ti, preciosa, no funcionará la maravilla de tu padre.

El juez cerró la Biblia y dijo a los jóvenes:

-Listo, muchachos, podéis besaros si lo deseáis, que no lo dudo.

Y sonrió el anciano observando que David se acercaba a Malva y la besaba ligeramente en los labios, al tiempo que le susurraba unas palabras que la hicieron sonreír.

Hans Seaby, visiblemente emocionado, se acercó y abrazó a David. Acogió en sus brazos a Malva y le deseó felicidades.

Leo Liddell, testigo de la ceremonia, besó a la novia y estrechó la mano a David.

-Te llevas la más hermosa estrella del Cosmos, granuja. Os debéis querer mucho cuando no habéis esperado volver de Moswash -el gesto de Leo se puso serio cuando preguntó:- ¿No hubiera sido mejor aguardar un poco?

-De ninguna manera. Faltan tres días para que el «Terra» vuelva a partir hacia Polux -dijo .David-. Pasaremos la luna de miel en un apartamento lo más alejado posible de la base. Y la continuaremos en las estrellas.

Algunos compañeros de David esperaban en la salida para arrojarles arroz y escoltaron a la pareja hasta el coche, que arrancó, escoltado por un estrépito de latas atadas a su parachoques trasero.

Leo se acercó a Hans. Le tomó del brazo y le propuso:

-Una cerveza nos vendrá bien, viejo amigo -mientras se dirigían hacia el bar, cercano a la vivienda del juez de paz, comentó:- Vamos, alegría esa cara. Los chicos serán felices.

Sentados en una apartada mesa y con sendos vasos de cerveza delante, Hans confesó:

-Hubiera preferido que no embarcasen.

Leo se encogió de hombros, queriendo demostrar que no había existido otra solución.

-Tu salud no te hubiera tolerado un viaje semejante, amigo. Y Malva es la única, aparte de ti, capaz de manipular el nuevo transmisor temporal con garantías. Ella sabe tanto como tú de él.

-Ojalá no la hubiera dejado que me acompañase.

-Deja de atormentarte y bebe. Lo merecemos. Yo te acompañaré hasta que regresen. Los jefes se portaron bien con los chicos. Comprendieron sus razones y han permitido que se casen.

-Sí, lo comprendo.

-¿Qué comprendes?

Hans se agitó nervioso.

-Es. como si hubieran permitido a unos condenados a muerte satisfacer su último deseo.

-No debes hablar así...

-Es la verdad. Ya no existe ninguna duda respecto a las intenciones de la flota que partió de Moswash hace dos meses.

Leo bajó la mirada y empezó a jugar con su vaso.

-Por desgracia tienes razón. La flota ya es visible a simple vista. Dejó de viajar a velocidad mayor de la luz y está cerca de la órbita de Plutón. Los cálculos dicen que antes de cuarenta días estará a menos de doscientos mil kilómetros de la Tierra, su objetivo.

-¿Qué pasó con las naves que partieron de Titán para interceptarlas?

-Esta mañana me dijeron que fueron destruidas por una especie de rayo de calor, un laser tal vez. Intentaron establecer contacto por radio con ellas, utilizando todos los idiomas de la Tierra y símbolos. Nada se consiguió. Permanecieron mudas, hasta que atacaron. Murieron más de cien hombres.

Seaby miró a través de la ventana, hacia donde estaba el «Terra», dispuesto a iniciar su segunda travesía a las estrellas tres días más tarde.

-¿Qué misterio rodea a la ciudad subterránea de Moswash? ¿Quiénes son los seres que construyeron esa, flota? ¿Por qué la enviaron hacia nosotros y al parecer con la intención de destruirnos?

-A tus primeras preguntas no puedo responder, pero sí a la última. Estamos seguros, basándonos en hipótesis, que esas naves iniciarán en breve el acercamiento a la Tierra. Entonces la rodearán y... dispararán sus armas desconocidas contra nosotros. No sabemos qué medios usarán, pero por descontado que serán mortales, decisivos.

-Es absurdo pensar que existan esperanzas de salvación enviando a un puñado de hombres... y una mujer, a ése planeta, a un mes antes de la llegada por primera vez del «Terra». ¿Qué pueden hacer ellos?

-Antes no pensabas así. Estabas firmemente convencido de que la línea del tiempo es inalterable, que está previsto que el «Terra» vuelva a Moswash un mes antes de que lo, hiciera por primera vez. Tu idea de que todo lo que hagamos obedece a un trazado firme en la conducta de los hombres en el tiempo no parece estar de acuerdo ahora con tus palabras.

-Será porque no me agrada que mi hija viaje en esa expedición.

-Debe ser por eso.

-Pero existirán otros medios para conjurar el peligro...

-¿Cuál por ejemplo?

-Atacar la flota cuando esté lo bastante cerca de nosotros.

Leo negó con la cabeza.

-Carecemos de naves capaces de hacerle frente. Y de armas adecuadas para combatir en el espacio. Bastante hacemos por el momento ocultando al mundo el peligro que se cierne sobre él. Por suerte los gobiernos ruso y americano han actuado en esta ocasión con cordura y no han permitido que el secreto trascienda de esta base.

Seaby apuró su cerveza, mientras comentaba:

-Lo cierto es que nunca tuve mucha fe en que creyesen en la realidad de mi descubrimiento. Pero no tuve que hacer muchas pruebas para que aceptaran la realidad.

-Es que estaban ansiosos, a causa de su miedo, de creer en algo, en

tener una esperanza, que les evitara enloquecer de miedo. Por eso pusieron todos los medios posibles a nuestro alcance para construir una nueva máquina del tiempo en poco más de dos semanas y con la suficiente energía para trasladar al pasado toda la nave entera.

Los dos amigos callaron. El establecimiento se iba llenando de empleados y funcionarios de la base. Entraban en él en silencio, sin deseos de hablar. A nadie se le escapaba los días decisivos que estaban viviendo y flotaba en el ambiente algo raro, perturbador.

La ceremonia efectuada poco antes había constituido un toque de irrealidad en medio de aquel ambiente en el que se presagiaba todo lo peor para el porvenir de la Humanidad.

Leo pidió dos cervezas más. Trató de sonreír y dijo:

-El célebre mensaje encontrado en aquella sala donde fueron atacados por los robots me hace recordar la extraña afición que yo tenía cuando pequeño, de escribir en las paredes de mi barrio avisos a mis amigos. Cuando les quería decir que me iba a tal o cual cine se lo comunicaba trazando grandes letras. Incluso así me declaraba a las chicas. A causa de eso más de una vez el policía del distrito se puso serio conmigo y mi padre me propinó algunas azotainas.

-No sabía nada de eso, Leo -respondió distraído Hans.

-Resulté un chico bastante travieso, lo reconozco; pero siempre me salía con la mía. Aunque esta vez he fracasado.

-¿En qué sentido?

-Hubiera deseado ir en este segundo viaje a Moswash. Pero los superiores me lo negaron porque irán casi los mismos que en. el primero. Además, sobraron voluntarios entre el personal especializado.

-Lo siento. Me hubiera gustado que fueras porque así cuidarías más de Malva.

-Sí David te oyera se enfadaría, pues es él quien se encargará de velar por. ella.

-No sé, no sé. Es muy peligroso este viaje.

-¿Lo dices porque temes que la máquina del tiempo juegue una mala pasada?

-¡Oh, no! De ninguna manera. Ya se hicieron las pruebas con personas y sabes que todo salió bien. Me refiero a la hostilidad, que encontrarán cuando intenten penetrar en la ciudad. El mensaje decía que debían volver, pero ¿qué tienen que hacer una vez que estén allí? Leo no se atrevió a mirar a Seaby. No sabía que debía responderle porque se trataba de una respuesta también a él le hubiera gustado conocer.

Un policía militar entró en el bar y buscó entre las mesas. Cuando les vio se dirigió a ellos resueltamente. A Leo le dijo:

-El señor Werkner desea verle, señor Liddell. Es urgente.

-¿Qué ocurre? -preguntó Leo, levantándose.

El policía se encogió de hombros, dando a entender que lo ignoraba. Seaby dijo:

-¿Puedo acompañarle?

-No me dijeron que no, profesor -replicó el policía-. En el exterior tengo un coche para llevarle al despacho del director.

Salieron y entraron en el jeep, cuyo conductor lo arrancó súbitamente. Atravesaron las amplias explanadas de la base, cruzaron los almacenes y talleres y se detuvieron delante del edificio administrativo.

Entraron en el despacho de Sigmund Werkner, quien se levantó al verles entrar. Saludó a Leo y también, efusivamente, al profesor.

-¿Ha surgido alguna anomalía, señor? -preguntó Leo mientras tomaban asiento.

-Un ligero contratiempo, señor Liddell -dijo Sigmund-. Pero de usted dependerá que sea subsanado de inmediato.

-¿De mí?

-Sí. Tengo entendido que se presentó voluntario para ir con la expedición a Moswash. El jefe del departamento de navegación ha sufrido un accidente. Se cayó y tiene fracturado un brazo. Su cometido es importante y tenemos a otro, sino usted, para reemplazarle.

Leo miró sorprendido a Hans, como si no creyera lo que estaba oyendo.

-¿Quiere decir que cuentan conmigo para el viaje

Sigmund asintió.

-Así es. ¿Ha cambiado de opinión? Nos causaría u grave contratiempo si se negara, señor Liddell...

Leo soltó una carcajada y se apresuró a responder

-De ninguna manera, señor. Es que estoy pensando que...

-¿Alguna sugerencia?

-Ninguna. Simplemente que cada vez estoy más convencido en que el señor Seaby tiene razón cuando afirma que la línea del tiempo es inalterable.

-¿Qué quiere decir?

-¿Podemos permitirnos el lujo de pensar que mi presencia en Moswash es imprescindible?

El director dio a entender con su gesto que no comprendía nada. En cambio, Hans asentía en silencio por que él sí empezaba a admitir ciertas cosas.

CAPITULO VIII

-Este es el lugar. Lo recuerdo perfectamente -dijo Holzer, señalando el calvero. Extendió el brazo y señaló un punto-. Allí está la roca cilíndrica que nos conducirá al interior de la ciudad.

El grupo titubeó antes de ponerse en marcha hacia el lugar apuntado por David.

-Debemos tomar precauciones -dijo el comandante Harvey Stack-. No quiero que seamos sorprendidos como la vez anterior lo fue mi colega ruso.

Malva, sosteniendo la metralleta, le sonrió divertida.

-¿Otra vez ha olvidado que en realidad esta incursión será la primera que seres de la Tierra harán en esta ciudad? -inquirió-. Recuerde que aún faltan cuarenta días para que el «Terra» llegue oficialmente a este planeta.

Stack asintió turbado, respondiendo:

-Es cierto. Resulta difícil acostumbrarse a esto, señora Holzer. Sigo opinando que debió quedarse en la nave.

-De ninguna manera. He oído hablar a mi esposo tanto de esa ciudad que me muero de curiosidad por verla.

-Esos robots pueden estar esperándonos y...

La risa cantarina de Malva hizo callar al comandante.

-Otra vez ha caído, señor. Ahora es cuando menos nos esperan. Hasta dentro de ochenta días no entrarán los terrestres al mando del pobre Taschenko ahí abajo. David farfulló: 1

-Yo tampoco asimilo bien esta situación, querida. ¿Qué ocurriría si me quedo esperando aquí sentado a] que yo aparezca dentro de ochenta días? Podría decirle a Taschenko y a mí mismo que no bajasen porque aquí unos hombres morirían. I

Malva frunció el ceño.

-No olvidemos que ésta es, en realidad, la primera vez que seres humanos viajan por el tiempo. Dado lo delicada de nuestra misión no creo sea aconsejable nos arriesguemos a producir una alteración temporal. Por tal motivo hemos ajustado el retroceso en el tiempo con el margen de seguridad suficiente para evitar encuentros de esa clase, David.

El grupo, compuesto por diez hombres fuertemente armados, además de Liddell, Stack, David y Malva, se aproximaron a la piedra cilíndrica. Sólo la mitad de los hombres habían participado en la incursión en la que Taschenko murió a manos de los robots guardianes.

A unos cien metros de ellos había quedado el vehículo todo terreno que les había conducido hasta aquel, lugar desde la posición en que quedó el «Terra», a unos treinta kilómetros de distancia.

La nave, apenas salió de la gravedad terrestre, entró en un lapso de segundos en el pasado, cuando Malva activó el campo transmisor temporal. Entonces reanudó su viaje superlumínico hacia la estrella Polux.

Habían llegado sin novedad al planeta Moswash. Stack trazó una nueva trayectoria de descenso, que les llevaría a un lugar más cercano de los acantilados, aunque no demasiado. Treinta kilómetros era la distancia que calcularon como prudente.

Los expedicionarios rodearon la piedra y Leo dijo: -Bien, Holzer, usted sabe cómo abrirla.

David se acercó a la mole granítica y sonrió tímidamente.

-La verdad es que la vez anterior subió sobre nuestras cabezas sin saber yo cómo la activé. Sólo recuerdo que la tocamos en varias partes.

Empezó a pasar la mano por la áspera superficie gris. Primero con cierta aprensión y luego, al ver que nada positivo obtenía, con impaciencia visible. Los demás, observando que David nada conseguía, le secundaron. Pronto no quedó un milímetro cuadrado de la piedra sin palpar.

-Es inútil -resopló Haber-. La varita mágica no quiere actuar esta vez.

Hendell, que participó en la otra expedición a la ciudad, comentó:

-No creo que solamente exista una entrada. Si ésta se nos resiste, ¿por qué no buscamos otra mientras tanto?

Stack estuvo conforme. Ordenó a dos hombres que se quedasen allí y luego dividió el resto en grupos de cuatro. Cada uno llevaba un transmisor y comunicaría con los demás si localizaban otra entrada para reunirse inmediatamente.

David, Malva, Leo y Hendell tomaron el camino hacia el este. Apenas habían caminado cien metros cuando descubrieron en otro calvero una piedra similar. Entonces llamó por el transmisor el grupo de Stack diciendo que ellos también habían hallado otra presunta entrada. Inmediatamente, el tercer grupo indicó lo mismo.

El comandante dijo que quien lograra abrir la entrada primero lo comunicase para reunirse todos en un punto.

David y los demás encontraron con la nueva piedra cilíndrica la misma dificultad que con la primera. Hendell conectó con el grupo de Stack para informar del fracaso. El mismo comandante dijo:

-Regresad todos. Voy a intentar volar la entrada ante la cual estamos.

Dio su posición y diez minutos más tarde estaban juntos todos los expedicionarios. Holzer observó cómo un hombre terminaba de colocar una carga de dinamita alrededor de la roca. Aquel sistema le pareció demasiado expeditivo y así se lo comunicó al comandante.

-Lo sé, pero no vamos a estar dando vueltas por aquí, buscando una entrada. Al parecer existen muchas, pero ninguna responde como la otra vez. He procurado no alterar la que ustedes usaron antes... o usarán dentro de unas semanas -terminó sonriendo al darse cuenta que era difícil emplear términos cronológicos en aquella situación-. Así estará intacta para entonces.

Malva dijo:

-Celebro que se adapte pronto a la situación, comandante.

-No tengo otra alternativa -respondió Stack encogiéndose de hombros.

La carga terminó de ser colocada y se retiraron a prudencial distancia. Entonces la hicieron detonar. La explosión levantó la piedra varios metros de su emplazamiento, aunque no arrancase de ella una sola

esquirla.

Dejaron pasar unos instantes hasta que el humo se hubo disipado para acercarse.

David se asomó al pozo y dijo extrañado:

-No comprendo... Está oscuro. El otro pozo, la otra vez, tenía una tenue luz que procedía del fondo, pero suficiente para llegar hasta arriba.

Sus compañeros le rodearon en silencio. Lentamente, David tomó una piedra y la arrojó al pozo. La piedra cayó hasta el fondo pesadamente.

-Todo esto es diferente. No existe luz ni tampoco la fuerza antigravitatoria que convertía el pozo en un medio magnífico para descender por él -y miró interrogativamente a Stack.

-Esto no nos detendrá -replicó el comandante- Tenemos cuerdas y lámparas.

Se sacaron las cuerdas y se ató un cabo a un árbol cercano. Un hombre fue el primero en deslizarse por ella. Desde arriba le alumbraron, y una vez que estuvo abajo encendió su lámpara y gritó desde quince metros de profundidad:

-Esto está tranquilo. Estoy en una habitación grande, de paredes metálicas. Al fondo veo un par de puertas. Pueden bajar.

Stack designó cuatro hombres para que se quedasen fuera. Dijo que Malva no debía bajar, pero la muchacha empezó a protestar con tanta energía que el comandante, temiendo perder demasiado tiempo, asintió con un gruñido y empezó a descender por el pozo.

-Yo estaría más tranquilo si te quedases aquí, ca riño -dijo David a su esposa.

-Y yo estaría nerviosa sin saber lo que ahí abajo te puede estar ocurriendo.

David comprendió que sería imposible tratar de convencerla y la ayudó a descender.

Stack dijo al capitán que él fuese indicando el camino, ya que conocía aquello mejor que nadie.

-No me confunda con un guía experto, señor -protestó David-. Todo se

ve diferente sin la luminosidad que la otra vez nos rodeaba. No resulta igual a la luz de nuestras lámparas. Además, recuerde que hemos entrado por otro sitio.

Hendell depositó debajo del pozo un orientador magnético. Cada miembro de la expedición llevaba consigo un localizador, que en cualquier lugar que luego se encontrase en aquella ciudad misteriosa podría encontrar la salida con sólo seguir el repiqueteo del pequeño aparato que llevaban como un segundo reloj.

David señaló una de las puertas. La abrieron y un oscuro pasillo surgió delante de ellos. Por unos segundos el grupo quedose indeciso. Entonces el mismo Stack penetró en él. Holzer le siguió, maldiciendo su momento de debilidad en el que no fue capaz de obligar a Malva a quedarse en la nave.

David, al recordar los robots, su ataque y muerte de varios compañeros se le hacía un nudo en la garganta. Cierto es que ahora estaban mejor armados que la otra vez. Los proyectiles de sus armas eran explosivos y capaces de perforar una plancha de acero de cinco centímetros.

Pero lo que más inquietaba a David era la ausencia de aquella maravillosa e inquietante luz que la otra vez le sorprendió gratamente al inicio de su exploración.

-Esto no me gusta, jefe -dijo David al comandante, pasando por su lado y poniéndose al frente del grupo.

-¿Por qué no le gusta, Holzer?

-El silencio y la oscuridad que nos rodea.

-¿Llegaremos pronto a las plantas de montaje de las naves?

-Creo que sí. No deben estar ya muy lejos. Estimo que esta ciudad forma un círculo. Toda su superficie está destinada a la fábrica de naves. Por encima de ésta están los otros niveles. Y en el centro, la gran sala donde descubrimos el cadáver del gigante y nos atacaron robots.

-Pues entonces pronto empezaremos a cruzar los puentes sobre las plantas de montaje, ¿no?

Holzer asintió gravemente.

-Esta ciudad parece estar construida para albergar a miles de personas. Sin embargo, sólo existen dos seres. Uno vivo y otro muerto...

Malva le interrumpió diciendo:

-Pero si nuestros cálculos son exactos hemos llegado en un momento en que los dos seres están vivos. El que visteis muerto aún no lo está.

David soltó una risita nerviosa.

-Es cierto. Me pregunto si yo, al igual que el comandante, llegaré a acostumbrarme a todo esto.

Terminó el pasillo y cruzaron una habitación. Al llegar al otro lado se detuvieron. Ante ellos comenzaba un pasillo acristalado en ambos laterales.

-Estamos sobre las cadenas de montaje -dijo Holzer.

Se acercaron al vidrio y pegaron a él las lámparas, cuya luz no pudo llegar hasta abajo con la suficiente potencia para mostrarles la quietud que allí parecía reinar además de la más densa oscuridad.

-No lo comprendo. Esto estaba lleno de vida, de luz. Allá abajo todo era actividad -dijo consternado David-. De todas formas, es indudable que el trabajo deberá comenzar en breve. Todo aquello llevaba las trazas de estar mucho tiempo funcionando.

Se escuchó un pequeño grito de Malva.

-¿Qué te ocurre? -le preguntó David volviendo hacia ella su lámpara.

-Es que... noto que el piso se mueve -susurró ella.

-Es cierto -dijo Leo-. Es como si estuviésemos en una balanza. Ocurre desde que entramos en este puente.

En aquel momento comenzó a escucharse un suave murmullo que fue creciendo hasta convertirse en algo rítmico, como si procediera de una lejana y potente maquinaria.

De súbito, los terrestres creyeron quedar ciegos. Las luces brillaron cegadoras a su alrededor. Cuando consiguieron abrir los ojos, acostumbrados de nuevo a aquel ambiente, todo cuanto les rodeaba había adquirido nueva forma.

David, con los destellos aún brillando en sus párpados, reconoció

perfectamente el lugar. Lo recordaba. Era el mismo u otro similar a donde cayó el comandante Taschenko cuando detuvo a los robots.

Los sorprendidos terrestres miraron hacia abajo y retrocedieron de la pared de cristal al ver que la fábrica que tenían bajo sus pies había cobrado activa vida. Hasta aquel momento los trenes de montaje habían estado, al parecer, vacíos. Ahora empezaban a recibir materiales. Cientos de robots se afanaban en un trabajo intenso. Pero ninguno de ellos alzaba su metálica cabeza hacia arriba. Parecían ignorar a los intrusos.

David suspiró.

-Ahora está todo como antes. Hemos llegado en el momento justo en que estos tipos comenzarán su trabajo -hizo una pausa y añadió:- Están iniciando la fabricación de las naves que partirán hacia la Tierra para destruirla.

-Bien, ya estamos aquí -dijo Leo-. Hemos seguido las misteriosas instrucciones escritas en el suelo de la sala de mandos. ¿Qué debemos hacer ahora? Quien escribió eso pudo ser más explícito, caramba.

Malva se encogió de hombros.

-Creo que lo mejor será que nos dirijamos hacia aquella sala. Pienso que deberemos descubrir en ella a los seres que al parecer gobiernan esta ciudad.

-¿Pretendes dialogar con ellos? -inquirió David.

-Sería estupendo, pero dudo que puedan comprendemos.

Siguieron caminando durante varios minutos. Hendell soltó una maldición y dijo:

-Estamos perdiendo el tiempo. Debemos regresar a la nave y volver con explosivos suficientes para volar todo esto. Así evitaremos que esas naves terminen de ser construidas y salgan hacia la Tierra.

-Eso sería alterar el curso de los acontecimientos -dijo Malva-. Si lo hacemos no sabemos las consecuencias que podemos acarrear. Es más, no creo que podamos hacerlo. Nosotros hemos salido de un tiempo en el que las naves están cerca de la Tierra. Por lo tanto, la flota tiene forzosamente que salir.

-No estoy de acuerdo...

Stack pidió silencio. Habían penetrado en una estancia con bajorrelieves. Con la mirada interrogó a David.

-Esta sala la reconozco -dijo David-. Después viene otra que es un teatro, como un cinema en relieve. No debemos quedarnos allí porque sus imágenes nos perturbarán. A continuación está la sala de mandos.

-¿Por aquí pasaron ustedes capitán? -preguntó Leo.

-No lo sé. Es posible que todas las habitaciones que lleven hasta la sala donde nos atacaron los robots sean iguales. Esta ciudad es como una gran rueda. Los radios están sobre la fábrica y todos conducen al mismo sitio.

Holzer propuso que todos se cogieran de las manos y cerrasen los ojos. El los llevaría hasta fuera de la sala-teatro. Ya sabía lo que le esperaba y las enloquecedoras imágenes no le afectarían demasiado.

David tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad y dominio de su mente para no sentirse perturbado por la escena que se puso en movimiento tan pronto irrumpieron en la estancia.

Jadeantes, alcanzaron el otro extremo y David dijo que podían abrir los ojos.

Entonces el capitán miró también a su alrededor parpadeó varias veces. Estaba confundido. Por un momento, la misma fuerza del recuerdo le había engañado. Había creado él mismo una visión exacta del lugar que recordaba. La realidad era, si no distinta, algo emparentado ligeramente con el producto de su memoria.

Parecía como si la estancia se hubiese agrandado, multiplicadas sus dimensiones por cuatro. La pared que encerraba a los dos durmientes era ahora un completo círculo y estaba situada en el mismo centro de una gran estancia equidistante de aquella especie de jaula. Las mismas máquinas rodeaban ahora a las dos camas y los monitores de televisión mostraban distintas escenas de la producción de aeronaves que se desarrollaba bajo sus pies.

David y los demás hombres que ya estuvieron allí no tardaron en comprender las diferencias que en aquel momento existían.

-Este es el mismo sitio, pero algo cambiado -dijo David. Miró hacia el lugar del suelo donde suponía debía estar escrita la frase con el rotulador negro y lo halló limpio. Tampoco estaba el cadáver del gigante.

Y las puertas circulares por las que habían surgido los robots parecían estar alejadas ahora más de ellos.

Pero lo más misterioso resultaba que una de las literas estaba vacía.

Después de las palabras de David, ninguno de los tres parecía sentir el menor deseo de decir algo, todos miraban en silencio cuanto les rodeaba, con las alas prestas y lívidos sus rostros.

-¡Cuidado! -gritó uno de los hombres, señalando a su derecha.

Se volvieron hacia aquella dirección y miraron cómo a de las puertas circulares se abría como una flor y mostraba el ambiente luminoso y rosado del otro lado. Las armas se dirigieron hacia allí y a punto estuvieron algunos de abrir fuego cuando una figura estilizada, alta, comenzó a salir por la puerta.

El comandante Stack ordenó que nadie disparase hasta que él lo ordenase y la figura terminó por salir y comenzar a avanzar hacia ellos lentamente.

Era un gigante el que caminaba despacio hacia los terrestres, pero con seguridad en sí mismo, como si se sintiese dueño de todo aquello. Incluso de las vidas de los recién llegados. Vestía un traje ajustado a su corpulento cuerpo. La cabeza que salía de un aro metálico era desproporcionadamente pequeña comparada con su estatura de tres metros. Carecía de cabello el cráneo, abultado y brillante.

Los terrestres sintieron deseos de disparar o huir de allí. Pero la firmeza del comandante y de Holzer, además de la mujer, les impidió escapar.

Cuando el gigante estuvo a unos veinte metros del grupo, se detuvo. Su piel parecía tan tersa y dura como el mármol. Nadie podía imaginar que aquellas facciones pudieran sonreír como lo hizo.

Pero aquella sonrisa duró apenas tres segundos en los delgados labios del gigante. Apenas hubo desaparecido, todos creyeron escucharle decir:

-Os estaba esperando, hombres del tercer planeta.

CAPITULO IX

Las palabras del gigante llegaron a las mentes de los terrestres, no salieron de su garganta ni atravesaron el aire hasta los oídos.

Así lo comprendieron todos en seguida. El gigante se comunicaba con ellos por telepatía, usando símbolos y expresiones simples que sus mentes transformaban en mensajes perfectamente definidos.

-Mi nombre es Xlil -dijo el gigante-. Vuestra llegada ha interrumpido mi sueño de milenios, terrestres. Pero la esperaba. Y me alegro de ella. Es más, ésta tardaba demasiado tiempo en producirse.

El asombro seguía enmudeciendo a los componentes del grupo. El gigante debió comprender sus pensamientos y dijo:

-Podéis dirigiros a mí con vuestros burdos sonidos bucales. Yo podré comprenderos mentalmente lo que queréis hacerme saber.

-¿Por qué dices que nos esperabas? -preguntó Holzer, pensando si

ciertamente sus palabras podían producir en su mente una fuerza capaz de hacerle comprender al gigante su pregunta.

-Porque así estaba escrito -fue la simple respuesta de Xlil.

-Sabes que venimos del tercer planeta de nuestra sistema y somos terrestres. ¿Cómo es posible esto?

-Cuando desperté, al mismo tiempo que todo el enclave, leí vuestras mentes en segundos. Así lo supe todo.

-¿Todo? -preguntó alarmado David.

-Todo lo externo de vuestros pensamientos, lo que durante años ha constituido la más firme reserva de vuestra memoria. Sólo puedo alcanzar ciertos niveles mentales, pero es suficiente para que yo sepa que ha llegado la hora.

-¿Qué hora?

-Ya lo sabréis. Sois impacientes. Noto en vosotros la más devoradora curiosidad. Es esto, al parecer, un defecto de vuestra raza.

Holzer cambió una mirada con el comandante. ¿Cómo podía comunicarle a Stack que el gigante no había leído en sus mentes que según la cronología terrestre aquella era realmente la segunda visita de los terrestres al planeta, aunque temporalmente fuese la primera en producirse?

-Creo comprenderle, Holzer -le susurró Stack-. Es lo más sensato. Dejémosle que hable y...

-Percibo ideas confusas -expuso telepáticamente el gigante con tono disgustado-. Debéis expresar vuestros sonidos con vigor, ya que sólo así se forma al mismo tiempo en vuestros cerebros simbólicamente la idea base, con la claridad adecuada para que yo pueda interpretarla.

-Lo siento -se disculpó Holzer-. Procuraremos hacerlo así. Mi compañero siente deseos de saber qué es esta ciudad y a qué fin está destinada, ¿Qué pasa con los demás habitantes?

Xlil señaló el otro cuerpo que yacía en la litera.

-Ese es Uxl, mi antagonista, mi amigo, mi hermano, mi enemigo, mi colaborador, mi perturbador. En resumen mi otro yo. Sólo Uxl y yo existimos en el enclave, esta ciudad, según vosotros, la llamamos el

enclave.

-¿Por qué no ha despertado él también?

-Uxl ha perdido la batalla.

-¿Cuál batalla?

-La que hemos sostenido durante milenios, mientras os esperábamos. En realidad Uxl ya no existe, no despertará más Seguirá así mientras yo lo desee, mientras lo permita.

-¿Está muerto? -inquirió Holzer conteniendo sus deseos de decirle a Xlil que en lo que él llamaba enclave tenía que haber otro ser más. O al menos en un corto futuro alguien ocuparía la cama que ahora estaba vacía, mientras uno de los dos gigantes tenía que yacer muerto en el suelo. ¿Sería Uxl?

-No está muerto -la respuesta silenciosa de Xlil le sacó de sus pensamientos-. Vive, piensa. Pero no puede volver a la vida plena. Ya dije que él perdió la batalla mental que ambos hemos sostenido por milenios. Hace tiempo ya sabíamos quién de los dos iba a despertar a la llegada de los terrestres.

-¿Sabíais que íbamos a llegar?

-Así estaba previsto, hombres. Indudablemente habéis llegado a este mundo hace tiempo, tal vez más de dos años de los vuestros. Es el tiempo previsto que necesitáis para encontrar la ciudad enterrada, para devolverla a la vida.

-¿Devolver nosotros a la vida esta ciudad? -inquirió Stack sorprendido.

El gigante anduvo unos pasos, acercándose al recinto de cristal y casi volviendo su ancha espalda a los terrestres.

-Así es. Aunque Uxl y yo teníamos energía para subsistir en estado de animación suspendida, nuestras mentes trabajaban y luchaban. Yo vencí, ya os lo dije. Pero sólo la presencia de humanos, de seres originarios de tercer planeta del Sol, podía volver a activar todo poder del enclave, hacer que sus computadores y cerebros electrónicos pusiesen en funcionamiento las minas subterráneas, los programas de fabricación de navíos y que los robots secundarios comenzaran a trabajar.

Los terrestres se miraron aturridos.

-¿Cómo pudimos nosotros hacer eso?

-Simple. Vuestra entrada violenta, destrozando una puerta que ya debe estar reparada a estas horas, fue registrada por la unidad de reserva. Se os midió, pesó, registró y escrutó vuestros pensamientos primarios. Cuando se tuvo la certeza que procedéis de la Tierra, la unidad de reserva comunicó la orden al Gran Computador para que activase la totalidad del enclave. Al mismo tiempo, yo fui despertado. Mi misión era terminar de programar en el Gran Computador la misión de la flota que en estos momentos se está construyendo. De haber vencido Uxl, él sólo hubiera despertado y yo estaría ahora yaciendo ahí, esperando la decisión de Uxl. Y mi otro yo hubiera terminado de programar al Gran Computador en lugar mío. Pero yo había resultado vencedor y él el perdedor.

-No comprendemos nada en absoluto. Todo esto es demasiado complicado -dijo Leo Liddell-. ¿No podrías explicarlo mejor?

El gigante se volvió hacia ellos del todo y volvió a mostrar su escueta sonrisa.

-Pienso hacerlo, pero a su debido tiempo. Aunque vuestro tiempo de vida ya está medido y no es muy largo, lo estimo suficiente como para que sepáis el motivo de la existencia del enclave y su destino, para lo que fue creado hace milenios. Seguidme.

Xlil caminó hacia la estructura acristalada y los terrestres le siguieron cohibidos y en silencio.

Al llegar el gigante ante la pared transparente levantó su brazo derecho y una sección de ésta desapareció. Se puso a un lado e indicó con un ademán a los terrestres que entrasen.

-Aquí se encuentra el alma del enclave -señaló al otro gigante, que parecía dormir un sueño eterno. Varios cables brillantes parecían hundirse en su cuerpo y en su cráneo pelado-. En este lugar nosotros, en completa quietud, alimentados por las máquinas, hemos luchado. Uxl fue un compañero ideal para mi distracción mental durante este largo tiempo. Sin su presencia mi mente no hubiera sido capaz de sobreponerse a tan extensa inactividad corporal. Yo también fui precioso para él. Ahora es algo que ya no me sirve y prescindiré totalmente de su persona cuando lo considere necesario. Entonces lo desintegraré totalmente.

Se acercó el gigante a las pantallas de televisión y pareció sentirse feliz al observar la actividad constante que se desarrollaba en las

fábricas. Las primeras naves salían ya totalmente terminadas de las cadenas de montaje.

-En unas semanas estará terminada la flota, terrestres. El Computador ya tiene programado, hasta el último detalle en sus registros, las órdenes que deberá transmitir a los cerebros positrónicos de las naves. Ni yo mismo puedo ya alterar las instrucciones, pese a que fui quien dispuso tal cosa al Computador. Pero una vez hecho esto no puedo volverme atrás.

Holzer cogió a Malva por la cintura y sintió deseos de preguntar al gigante muchas cosas, pero consideró que mejor sería dejar que éste fuese explicando las cosas según su personal criterio.

-Son naves de guerra -dijo Xlil.

-Y su destino es la Tierra, ¿no?

El gigante no pudo reprimir un gesto de asombro ante la aseveración de Leo Liddell.

-¿Cómo sabes tal cosa?

Leo tragó saliva y respondió rápidamente:

-Es una intuición. Lo deduzco dejándome llevar por leves indicios.

-Pues has acertado. Sí, la flota se dirigirá hacia vuestro planeta, terrestre. ¿Debo añadir que su misión es destruirlo?

-Mejor sería que nos explicaras cuál es el misterioso odio que existe en este enclave hacia la Tierra. ¿Por qué destruir un mundo que no os ha hecho daño y al que sólo, aunque inexplicablemente, conocéis por referencias? -preguntó Leo.

Xlil se sentó en un enorme taburete y miró cansina mente al grupo de terrestres antes de decir:

-Puedo decir con toda propiedad que es también mi mundo el que será destruido.

-¿Este planeta?

-No me entendéis. Mi mundo es, o lo fue una vez, el que llamáis Tierra. Yo nací allí.

Leo susurró:

-Los míticos gigantes de la edad oscura, de los tiempos sumidos en lo mítico. Siempre se ha creído que existieron en la Tierra.

Xlil asintió con vigor:

-Así es, terrestre Leo Liddell -dijo-. Mi raza vio nacer a la vuestra. Entonces nosotros estábamos en franca decadencia y comprendimos que el futuro era vuestro. Decidimos ayudaros y lo hicimos. Os sacamos de la ignorancia y la brutalidad de vuestra infancia. Pensamos que luego vosotros nos pagaríais el favor cuidando de nosotros en nuestra debilidad creciente. Al desaparecer las lunas de la Tierra, la gravedad aumentaba en el planeta y nuestra debilidad aumentaba. Pero cuando vosotros fuisteis fuertes y gozasteis de una alta civilización en la Atlántida y Lémur, además de otras ciudades importantes, nos rechazasteis con desdén. E incluso intentasteis acabar con los supervivientes de la raza de gigantes.

»Pero vuestros antepasados se equivocaron y su error les fue fatal. Aún los gigantes éramos fuertes y nos defendimos. Aunque nos dividimos en dos sectores; los que estábamos decididos a acabar hasta con el último humano y los que alegaban que la raza pigmea era aún joven y no sabía apreciar los favores recibidos. Estos últimos pretendían daros una última oportunidad.

»Suspendimos el ataque contra los humanos. Pasó mucho tiempo y no nos poníamos de acuerdo. Mientras tanto, nuestra debilidad aumentaba. Como no podíamos contar con vuestro apoyo y en cambio vuestra actitud belicosa a cada instante era más peligrosa para nuestra seguridad, decidimos escapar del planeta.

»Una vez en el espacio, a punto de iniciar el viaje a este planeta, vimos cómo la penúltima de las lunas de la Tierra dejaba su órbita y caía sobre el planeta. La catástrofe destruyó las grandes ciudades, las naciones enteras. Los gases producidos por la gigantesca explosión intoxicaron a los supervivientes y por siglos les impidió continuar el progreso sobre el cual nosotros les colocamos. Cayeron en la barbarie.

»Mientras nos alejábamos del Sol, los pocos supervivientes en el límite de nuestras fuerzas, proyectamos la construcción del enclave. Nuestras ideas nos impedían luchar en contienda fratricida, pero no podíamos olvidar a los pequeños seres que vimos nacer con agrado y a los que cuidamos con cariño. Un grupo de los nuestros aún sentía amor por ellos y el resto odio total. Estábamos divididos entre los que pensaban en su total destrucción y los que deseaban volver a ayudarlos.

»Una vez en este planeta acometimos la construcción del enclave con ahínco. Apenas quedábamos unas docenas y tuvimos primero que fabricar robots que luego levantarían en el interior del terreno el planeado enclave.

-Esta es una historia asombrosa -dijo Leo-. Pero aún no comprendo por qué, una vez aquí y a salvo, aún seguíais pensando en venganza o ayuda a los seres que habían demostrado tan poca gratitud. ¿Por qué no nos olvidasteis?

El gigante negó con la cabeza.

-No podíamos olvidar. De haber salido de la Tierra nuestras hembras, aún hubieran sido capaces de engendrar vida, pero todas perecieron en la Tierra durante el primer ataque de los humanos. Yo, Xlil, preconizaba venganza, mientras que Uxl pretendía aún que el enclave sirviera para ayudar a los humanos. Sólo nosotros dos quedábamos cuando todos perecieron y esta ciudad fábrica quedó terminada. El Computador estaba preparado para recibir una orden de Uxl o mía. Uxl le daría la que dispondría las naves para que fueran a la Tierra y se pusieran a las órdenes de los hombres, mientras que mi orden al Computador sería que las mismas naves, una vez construidas, fueran armadas con los elementos suficientes para destruir la Tierra.

»Entonces nos tendimos en las literas y dejamos que la unidad de reserva nos durmiera, dejando sólo nuestra mente en activo. Habíamos decidido que durante los siglos o milenios que iba a durar nuestro sueño íbamos a dilucidar en una batalla mental quién de los dos despertaría cuando los terrestres llegasen a este planeta, descubriesen la ciudad y entrasen en ella. Como ya sabéis, yo vencí hace tiempo y seguía esperando vuestra llegada. Y como os dije antes, lo primero que hice al volver a la vida fue ordenar al Computador que activase a la fábrica automática, que las naves fuesen construidas para llevar la destrucción a la Tierra.

-Esto es absurdo -dijo Leo.

-¿Por qué es absurdo? -preguntó el gigante levantándose y caminando hacia él-. Es lo más lógico que podía hacer una raza como la mía, en la plenitud de su intelecto.

-Quiero decir que no valía la pena dejar que la humanidad volviese a desarrollarse por sí misma, esta vez sin la ayuda de los gigantes, para destruirla. ¿Qué culpa tenemos nosotros de lo que hicieron nuestros lejanos antepasados?

-Para bien o para mal, vosotros sois sus herederos. Debéis pagar las deudas o recoger los bienes. Al ser yo quien esté despierto, os toca pagar.

-¿Por qué no venció Uxl?

-Estuvo a punto de hacerlo. La contienda estuvo siempre nivelada, hasta que Uxl tuvo un instante de desfallecimiento y yo le planteé unos problemas matemáticos que lo distrajeron el tiempo suficiente para dejarle fuera de combate. Desde entonces, sólo hizo que retroceder, hasta que pude acabar con él. Terminó reconociendo mi superioridad sobre él. A partir de entonces nos limitamos a distraer nuestro largo estado inactivo con cuestiones filosóficas. Así, hasta vuestra interrupción en el enclave.

El comandante Stack se adelantó y dijo:

-La Tierra no se dejará vencer tan fácilmente. Tiene naves para defenderse.

Todos sabían que aquello era mentira, pero sintieron deseos de saber lo que el gigante contestaba.

-No creo que la Tierra disponga de naves capaces de contener a las mías -respondió Xlil-. Y si así fuera, no me costaría trabajo disponer que se construyera otra flota. Tengo a mi disposición minas, fuentes de energía suficiente para en dos o tres meses más enviar contra la Tierra una flota diez veces más numerosa. ¿Acaso va a poder la Tierra resistir un ataque constante de naves automáticas? ¿Cuánto tiempo iba a poder resistir?

Stack abatió la cabeza. Sabía que el gigante tenía razón sobrada. Se volvió y buscó la mirada de Liddell. El científico ofrecía una mirada extraña, como perdida a causa de la gravedad de sus pensamientos. El capitán también se volvió hacia él y no había duda alguna que Holzer preconizaba una acción inmediata contra el gigante. ¿Con el fin de impedir la partida de la flota?

Aquello era problemático. Ellos procedían de un presente en el que la flota ya había partido de Moswash y estaba a punto de lanzarse en ataque masivo contra la Tierra. Si era cierto que el curso de los acontecimientos no podía alterarse, ¿cómo podían impedir la destrucción de su mundo?

-Hay algo que aún no comprendo -dijo Stack.

-¿Qué es ello? No dudaré con contestarlo si puedo -repuso el gigante.

-¿Por qué esperaron a que nosotros viniéramos? Hace muchos siglos que la lucha mental terminó y tú saliste triunfador. ¿Por qué no ordenaste entonces el ataque en lugar de esperar nuestra llegada? ¿No has pensado que podía ocurrir que nunca viniéramos, que la humanidad nunca alcanzase las estrellas?

Xlil alzó altanero su cabeza.

-Aún estáis en los estratos más inferiores del intelecto, terrestres. Muchas cosas no las podéis comprender, sin duda. Acabar con vosotros cuando vuestros antepasados se debatían en la más completa ignorancia no hubiera supuesto acceder a saborear el placer de la más dulce venganza. ¿Qué grado de sufrimiento hubieran tenido esos desdichados? En cambio, con vosotros todo será distinto. Seréis exterminados en el momento justo que empezáis a creeros los supremos seres del Universo. Tenéis mucho que perder, en contra de lo poco que tenían vuestros antepasados hace sólo unos setecientos años, incluso menos, supongo.

-Pero los terrestres no sabrán por qué mueren -dijo Stack-. A menos que...

-Termina, terrestre.

-A menos que alguien regrese para advertirles.

-Serán advertidos por los hombres que os esperan en la nave. Ellos, cuando comprendan que vosotros no podéis ya volver, se marcharán. Cuando inicien el retorno, yo grabaré en sus mentes un mensaje de muerte, del exterminio que llevará mi flota.

-¿Quieres decir que no nos permitirás a nosotros salir de aquí?

-Exactamente.

-¿Qué ganarás con eso?

-Seguridad. Los que vuelvan sabrán solamente lo que a mí me interesa que sepan. Aunque poco, vosotros conocéis demasiado acerca de este enclave y... no quiero correr riesgos. Tengo lamentables antecedentes de la capacidad y astucia de los humanos, cuando éstos estuvieron a punto de exterminar en la Tierra hasta el último de nosotros.

Hendell escupió a los pies del gigante y le apuntó con su metralleta.

Sus ojos relucían mientras dijo:

-Todo lo que has dicho, sucio gigantón, tenemos que comprobarlo. Si no ordenas que la fabricación de naves sea interrumpida, te coseré a balazos.

Xlil mostró su tercera y leve sonrisa.

-¿Acaso pensáis que no sabía que estáis armados? Pero no temo a vuestras armas. Puedes disparar, terrestre.

Harvey Stack y Holzer intentaron impedir la acción de Hendell. Pero apenas estaban a su lado cuando el hombre, convulsivamente, apretó el disparador de su metralleta.

Los disparos se estrellaron, rebotaron o se esfumaron a unos veinte centímetros del gigante, que aún no había perdido su sonrisa.

Ante el estupor de todos, dijo Xlil:

-Un campo de fuerza me protege. Por eso no me molesté en desarmaros. Ahora debéis disculparme. He de ir a inspeccionar la primera nave recién terminada. Estoy seguro que será perfecta, pero quiero asegurarme.

Les volvió la espalda y salió del recinto de cristal. Los terrestres vieron cómo se perdía por una de las puertas circulares que se abrió a su proximidad.

Cuando quedaron solos, Liddell comentó:

-Bueno, estamos aquí y nada en claro hemos sacado respecto a qué debemos hacer para evitar el peligro que se cierne sobre nuestro planeta, según la famosa frase escrita en el futuro de nuestro actual presente en el suelo -y señaló un lugar indeterminado del gran salón circular que les rodeaba.

Rodearon al otro gigante, yacente. Parecía ser una copia fiel del que acababa de marchar. Malva suspiró y dijo:

-Todo hubiera sido perfecto si Uxl hubiera vencido. Entonces él habría ordenado la construcción de la flota, pero no para destruirnos, sino para ponerse a nuestra disposición.

-Pero no fue así, querida -respondió Holzer-. Lo cierto es que sucedió lo peor para nosotros. Me pregunto si nosotros podríamos poner en

vida a este gigante. Tal vez él fuese capaz de enfrentarse a Xlil e impedir el .ataque.

Liddell movió la cabeza negativamente.

-Xlil no tuvo necesidad de mentirosos cuando afirmó que ya nada, ni él mismo, puede alterar las órdenes que dio al Computador. Además, no creo que nos dejara aquí con Uxl si existiera una posibilidad de volverle a la vida. Lo más fácil que ocurra es que si intentamos desprenderle de esos cables y tubos que están conectados a su cuerpo, lo matemos definitivamente.

-Podríamos intentarlo -arguyó un hombre-. Xlil de todas formas, piensa eliminarnos.

-Fracasaríamos. Además, aunque Uxl volviera en sí no creo que se preste a ayudarnos. Sabe que perdió y estas gentes deben tener un sentido muy elevado del honor.

-Me río del honor de Xlil -dijo irónico Holzer.

-No debemos pretender comprender a un ser con miles de años de existencia. Es así, sencillamente. Nada más.

Un hombre estalló:

-¿Pero es que no vamos a intentar nada? Tenemos que pensar algo antes que el gigante vuelva. Ya habéis oído lo que piensa de nosotros. No nos dejará salir de esta condenada ciudad...

-Es cierto -dijo Leo-. Yo creo que existe una posibilidad.

-¿Cuál, por ejemplo?

Por toda respuesta, Leo se acercó a los monitores de televisión y levantó contra ellos su metralleta, como si fuera a destrozarlos a golpes.

Se retiró inmediatamente de allí, arrojando incluso el arma con rapidez al suelo. Pero lo que esperaba que sucediera, ocurrió con una rapidez fulminante.

Las docenas de puertas circulares que los rodeaban se abrieron y robots surgieron de ellas. Se detuvieron en seco, vacilaron unos segundos y volvieron a retirarse.

-¿Comprendéis? -dijo Leo-. ¿No se trata de los mismos robots que os

atacaron, David?

-Sí, así es. Salieron de sus escondites cuando nosotros intentamos llevarnos el cadáver del gigante a la nave.

-Exacto. Sus cerebros positrónicos están contruidos para que actúen en defensa de los gigantes o de los mecanismos más delicados del enclave. No nos ven, pero leen nuestros pensamientos. Actúan de igual forma que Xlil.

Stack miró interesado a Leo.

-¿Adonde quiere ir a parar, señor Liddell?

-Es mi teoría que Xlil no tiene constantemente activado su campo de fuerza. De ser así no podría manipular los mandos. Sólo lo pone en funcionamiento cuando lee pensamientos agresivos en cualquiera de nosotros.

-¿Cuál es su conclusión?

-Que alguien de nosotros, el más capacitado para controlar sus pensamientos, puede atacar al gigante, matarle antes que active su campo de fuerza. Sólo así podremos escapar.

-¿Escapar sin haber conseguido neutralizar el peligro?

-Por el momento, sólo debemos pensar en escapar. A salvo podemos pensar la manera de detener el ataque. En poder del gigante, condenados, a muerte, nada conseguiremos.

-Es cierto -dijo Stack-. ¿Quién puede ser el hombre?

Leo bajó la mirada y gruñó:

-Me temo que yo. Siempre opuse una gran resistencia a los paranormales terrestres en diversos experimentos efectuados en distintas universidades. Siempre me llamaban por tal motivo.

Holzer le entregó una automática, al tiempo que decía:

-Está cargada con proyectiles explosivos.

Leo le dio a su vez la metralleta y guardó la pistola dentro de su chaqueta. Entonces explicó el resto de su plan.

CAPITULO X

Xlil regresó visiblemente satisfecho por la inspección. Dijo de inmediato:

-La nave es perfecta, como era de esperar. Diez mil unidades partirán al mismo tiempo contra la Tierra. Si tal como afirmáis la Tierra opondrá fuerte resistencia y son destruidas antes de alcanzar su objetivo, cosa que dudo mucho, sólo tendré que disponer que otra flota sea construida, pero ésta mucho mayor. Treinta mil o cien mil naves. En este caso, encontrarían casi desmanteladas las defensas terrestres después del primer ataque.

-Tus razonamientos son incongruentes para nosotros, Xlil. Carentes de fundamento, del más simple fundamento -dijo Stack.

-Lo sé, pero no me importa. No me importa, porque esa apreciación proviene de seres como vosotros.

-¿Porque nos consideras inferiores y piensas eliminarnos?

Xlil asintió.

-Y también porque ya no serviréis para nada. Sólo seréis un estorbo.

-¿Cómo piensas eliminarnos?

-Todavía no lo he pensado. Creo que esperaré a que vuestra nave se marche. Mientras tanto, os dejaré encerrados en un sitio seguro.

-¿Puedo pedirte un favor? -preguntó Leo, intentando aparentar indiferencia y sintiendo al mismo tiempo un traicionero nudo en la garganta.

-Si está en mis manos...

-Desearía permanecer contigo y presenciar todo el proceso de fabricación, enterarme, antes de morir, de las maravillas que encierra esta ciudad.

Xlil pareció pensar por unos instantes la petición de Leo.

-Está bien -dijo al cabo-. Sé que eres un científico en la Tierra. Puedes hacerlo. No eres demasiado tonto y ya habrás comprendido que si intentas algo en contra mía no dudaré en eliminarte por medio de mis servidores autómatas primarios.

Se volvió al resto de los terrestres y les dijo:

-Vosotros salid de este recinto y marchad al otro lado de la gran sala. Entrad en la estancia que se os abra y quedad en ella.

Holzer dirigió una mirada inquisidora a Leo y recibió una muda respuesta de ánimo. Liddell parecía sentir confianza en sí mismo.

Mientras los terrestres se alejaban lentamente, volviéndose de vez en cuando a mirar a su compañero, Xlil se situaba en la salida del recinto acristalado. Sus labios sonreían ahora más profundamente que nunca.

Leo se esforzaba en mantener su mente en blanco, pero no tan carente de pensamientos que el gigante pudiese sospechar esto. Sin embargo, por unos segundos pudo introducirse en los pensamientos de Xlil. Pese a lo rudimentario de sus conocimientos, Leo pudo descifrar los más íntimos deseos del gigante.

El científico actuó sin dudarlo un segundo. Al tiempo que saltaba fuera del recinto de cristal y sacaba su arma, gritó a sus compañeros:

-¡Huid por otro sitio! ¡Xlil piensa desintegraros en este cuarto!

Y disparó el arma.

Lo hizo dentro del mismo segundo que Xlil, sorprendido, se volvía hacia él como si no pudiera dar crédito al hecho que había sido

sorprendido por un ser que él consideraba su inferior.

El gigante recibió el proyectil y bajó la mirada para observar la rosa roja que crecía en su pecho. Retrocedió, sus piernas parecieron quebrarse ante su peso enorme y cayó después de una corta carrera promovida por las últimas fuerzas que aún quedaban dentro de él.

Los terrestres iniciaron el regreso y la voz estentórea de Leo les contuvo:

-¡No volváis! ¡Marchaos!

Las puertas circulares se abrieron y las sombras metálicas de los robots comenzaron a dibujarse bajo su dintel. Pero las criaturas mecánicas parecían vacilar, hasta que terminaron por volverse a encerrar en sus nichos.

Leo comprendió que el último atisbo de vida había escapado del cuerpo del gigante. Solamente si él lo tocara volverían a aparecer los robots en defensa de su amo.

Nervioso aún por la tensión experimentada, gritó de nuevo a sus compañeros:

-Regresad a la nave y retornad a nuestro planeta. Yo me quedo. Creo que estoy sobre la pista adecuada para solucionar esto.

-Estás loco, Leo. Vuelve con nosotros -dijo Holzer, comenzando a caminar decidido hacia el científico.

Entonces, de los altos techos comenzaron a descender unas paredes metálicas. Holzer volvió sobre sus pasos y tuvo qué ver impotente cómo el muro metálico le separaba de Leo.

La gran estancia circular quedó dividida en cuatro ángulos rectos. Leo estaba en el que tenía acceso al recinto de cristal, con el cadáver del gigante a pocos metros de él. Entonces notó que la puerta de vidrio también comenzaba a deslizarse sobre sus invisibles engranajes que aislaría totalmente la sala del Computador y donde estaba el segundo gigante durmiendo su largo sueño.

Leo se mordió los labios y sus dedos tocaron una barra de metal en el bolsillo. Sorprendido, la sacó y vio que era un rotulador. Se agachó y escribió sobre el suelo una frase que Holzer la había repetido muchas veces y se había quedado grabada en su memoria. No había tiempo para improvisar otra o ser más explícito.

Entonces se introdujo dentro del recinto de cristal justo a tiempo que la abertura se cerrase. Desde allí miró las gruesas letras trazadas en el suelo.

Leo estaba seguro que aquella leyenda iba a ser suficiente para que la expedición comandada por Taschenko la leyera y así se iniciara el ciclo vital para cerrar el curso de la historia.

Se acercó a Uxl y lo estuvo observando largo rato. Pensó en sus compañeros y si éstos podían comprender lo que realmente debían hacer a partir de entonces.

Inspeccionó la camilla desierta que otrora ocupara Xlil. Asintió en silencio.

No dudaba que sus amigos pudiesen volver a la superficie y retornar a la nave. Y una vez en ella, regresar a su tiempo, al instante en que la flota destructora siguiera orbitando Plutón preparando su ataque.

Leo sabía, o al menos creía saberlo, lo que tenía que hacer.

Lentamente se echó en la litera y dejó que los mecanismos automáticos entrasen en función apenas su cuerpo tocó los mandos vitales.

Antes que las agujas se clavasen en su cuerpo, buscando los sitios vitales para dormirle, escribió una extensa nota que debía ser leída por sus compañeros.

En ella les explicaba lo que debían hacer para despertarle.

* * *

-Tenemos que encontrar la forma de sacar al señor Liddell de esta trampa -dijo Stack.

-Nos dijo que regresáramos -respondió Holzer dubitativo.

-Claro, lo dijo porque no quiere que nos arriesguemos.

-No, no lo creo. Creo que él desea que le dejemos tranquilo.

-David tiene razón -dijo Malva, gravemente.

Uno de los hombres volvió corriendo. Venía de inspeccionar una de las salidas.

-Conduce a otra de esas salas teatro. Y al otro lado todo es exactamente igual al lugar por donde llegamos -explicó.

-Sin duda conducirá a una salida -dijo Holzer-. Insisto en que dejemos aquí al profesor Liddell.

-Me niego a abandonarlo -dijo tozudamente el comandante.

-Comandante, recuerde que alguien tiene que ocupar la otra camilla vacía, para que David, dentro de unas semanas, encuentre las dos ocupadas -dijo Malva.

Stack miró al joven y asintió unos segundos después:

-Es cierto -dijo roncamente-. Soy un tonto al no comprenderlo. Pero...

-¿Qué, comandante?

-¿Cómo sabremos cuándo debemos regresar?

Malva sonrió.

-Eso es más sencillo. Hemos superado lo difícil. Lo que debemos hacer de ahora en adelante corresponde ya a nuestro futuro incierto. Hasta ahora sólo hemos hecho vivir una laguna que forzosamente teníamos que completar para unificar el ciclo temporal.

Empezaron a alejarse de los muros de metal que les separaban de Leo y el recinto de cristal. Después de cruzar el atormentador teatro simbólico, Holzer dijo:

-No estoy seguro, pero confío, tengo fe en que Liddell será capaz de encontrar la forma de impedir que las naves destruyan la Tierra.

Stack se detuvo como si le hubieran pegado un puñetazo.

-Pero no podrá impedir que la flota parta. Nosotros vimos que salía del planeta y la dejamos cerca de la Tierra cuando partimos para este viaje.

-Sigo insistiendo en que Liddell encontrará el medio. Volvamos a la Tierra y esperemos acontecimientos. Entonces retornaremos a este planeta y...

Pero Holzer calló. Aunque presentía el desenlace, éste podía ser tan fantástico y tan diferente a sus deseos que no se atrevía a emitir un juicio esperanzador.

* * *

En su sueño, Leo supo que la nave partió de Moswash. Ahora, acompañado en la inanimación por el gigante Uxl, además de estar en posesión de poderes nunca imaginados por él, estaba seguro de poder salvar a la Tierra.

Era tan poderoso como lo había sido Xlil en el enclave, pero no podía impedir la partida de la flota. En cambio, él sí podía añadir al prodigioso saber del Computador algo de que carecía la flota que iba, irremisiblemente, a destruir la Tierra.

En tal cosa confiaba plenamente. Y en la ayuda del gigante Uxl, quien lo acogió con amistad.

* * *

El «Terra» alcanzó la periferia de la Tierra, después de viajar por el espacio y el tiempo, regresando a su presente, en el momento justo en que la flota automática iniciaba su ataque contra el planeta.

Por los telescopios, pudieron observar el trágico momento. Todo parecía estar decidido.

David abrazó a Malva y se preguntaba en qué se habían equivocado. ¿Acaso su actuación en el pasado no había sido la adecuada para encontrar la salvación a la Humanidad?

Entonces, cuando menos lo esperaban, de las sombras del espacio surgió una segunda flota, más numerosa que la primera. Y cuando ésta comenzó a actuar contra la primera, todos a bordo del «Terra» se permitieron emitir una sonrisa.

EPILOGO

Leo Liddell subió al estrado y se colocó detrás de la mesa. Se humedeció la lengua y miró al centenar largo de personalidades del mundo allí reunidas. Se preguntó si el secreto que habían decidido guardar, al ser tantos para compartirlo, iba a serlo por mucho tiempo.

En la primera fila vio a Hans Seaby y a David y Malva Holzer. Los tres le sonrieron dándole ánimos. Les dirigió una leve inclinación de cabeza y decidió que era el momento de enfrentarse con el auditorio.

-Señores representantes de las naciones de la Tierra. En realidad, quien debería estar aquí, en mi lugar, es el profesor Hans Seaby, gracias al cual la Tierra, nuestro planeta, ha podido salvarse de una extraña herencia originada por nuestros primitivos antepasados y los

extraños seres que por aquella época compartían con ellos el mundo.

»Pero el señor Seaby ha pedido no hablar en público y sí rogarme que su invento, el artilugio capaz de enviar a seres y máquinas al pasado y hacerlos volver, no vuelva a ser utilizado mientras su uso no sea permitido por los gobiernos de la Tierra, quienes a partir de ahora serán dueños del descubrimiento. Es de presumir qué ningún otro investigador halle el secreto que el señor Seaby encontró de forma casi fortuita, pero tras el cual estuvo durante más de veinte años. Ojalá sea así, porque es imposible calcular las consecuencias funestas que el poder de viajar por el tiempo puede acarrear a la Humanidad.

»Les supongo a todos perfectamente enterados de los hechos. También conozco que están decididos a seguir ocultando al planeta el peligro que corrió durante varios meses, y que se hubiera consumado de no ser por la aparición de la segunda e inesperada flota, procedente, al igual que la primera, del planeta que nosotros bautizamos con el nombre de Moswash.

»Pero ustedes están aquí para conocer por mí, único protagonista, lamentablemente, de lo que sucedió en el llamado enclave. Mejor debería decir único superviviente, como sabrán más adelante.

»Comenzaré mi relato en el punto en que me quedé aislado en el recinto de cristal del Computador, apenas acababa de matar al gigante Xlil.

»El tiempo, como dimensión, es algo que aún desconocemos y que me temo tardaremos muchos años en conocer superficialmente siquiera. Hemos vivido una auténtica paradoja, digna de estudio para los sabios, que intentarán darle una explicación lógica, cosa que ni yo, que lo viví, puedo hacerlo.

»Una vez solo decidí actuar de la única manera que podía. La litera vacía me ofrecía la oportunidad de poder alimentarme, ya que las máquinas suministradoras de alimentos podían fabricar las proteínas y carbohidratos que precisaba mi organismo. No fue muy difícil comprender lo que tenía que hacer para hacerla funcionar. La litera se apoderó de mi persona y me sumió en un sueño tan plácido como nunca lo he experimentado. Mi mente estaba clara, diáfana. Podía pensar como si todo mi ser sólo fuera mente, careciera de cuerpo.

»Inmediatamente noté que otra mente compartía conmigo aquella especie de felicidad. Era Uxl. Le expliqué lo que había pasado. Incluso que maté a Xlil. En aquella situación no estaba capacitado para

mentir. Uxl no me lo reprendió. Lo consideró como un hecho inevitable. Creo que la raza de los gigantes fue siempre algo fatalista. Tal vez por eso se extinguió.

»Uxl me comunicó que lamentaba haber perdido porque significaba que la Tierra iba a desaparecer. Ya sabía que la flota encargada de hacerlo estaba en construcción. Le dije que la detuviese y me respondió, como temía, que no podía. El Computador no estaba construido para recibir contraórdenes.

»Entonces le sugerí que debíamos buscar ambos una forma de evitar el desastre. Uxl se rindió a la evidencia que no sabía la forma. Entonces yo le dije que en la Tierra se suele usar una defensa para cada ataque. Por lo tanto, si estaba en nuestras manos poder utilizar los medios que disponíamos en el enclave para construir una defensa... Aquello entusiasmó a Uxl y me preguntó si tenía alguna idea.

»Le respondí que sí. Esta era, sencillamente, ordenar construir una segunda flota, más poderosa y numerosa que la primera, para que la atacase en el espacio, antes de que empezara el ataque contra la Tierra. Uxl, con tristeza, me dijo que esto no podía ser, porque para la fabricación de la flota ordenada por Xlil se requería tiempo. Hasta que esta flota no partiese no se podía ordenar al Computador. Y para entonces nada podríamos hacer efectivo, puesto que la segunda flota tardaría en construirse mucho más tiempo que lo que tardaría la

primera en llegar a velocidad lumínica hasta la Tierra y destruirla.

»En sus palabras encontré la solución. Yo conocía perfectamente algo que los gigantes no habían desarrollado. La forma, sencillamente, de aumentar la velocidad a las naves lumínicas. Nuestra flota podía alcanzar a la primera cuando ésta aún no hubiese iniciado el ataque contra la Tierra.

»Creo que Uxl, de haber podido, me habría abrazado en aquel instante. Tan entusiasmado estaba con mi idea; que me instó a que podíamos aprovechar el tiempo para ir inculcando en el Computador mis cálculos, para que la siguiente flota estuviera compuesta de naves mucho más veloces que las de Xlil.

»El tiempo fue pasando y llegó el momento de la partida de las naves. Calculé que en aquel momento el «Terra» había efectuado su primer viaje a Moswash. Los tripulantes vieron partir la flota el mismo día en que comenzaba a iniciarse la construcción de la segunda, con los aditamentos por mí insertados en el Computador. Como sabía que los

terrestres tenían dificultades en localizar el punto de partida de las naves, dispuse que una nave partiera para indicarles el camino.

»Sabía que esto iba a acarrear varias muertes, entre ellas la del comandante Taschenko. Pero no pude alterar lo más mínimo el curso de los acontecimientos. Cuando comprendí que los tripulantes estaban intentando localizar una entrada a la ciudad subterránea, yo mismo ordené que la piedra cilíndrica se elevase y pudieran entrar.

»Fueron los peores momentos de mi vida. Yo, por entonces, ya conocía todos los secretos del enclave. Sabía que no tenía ninguna autoridad sobre los robots guardianes, los robots primarios. Tuve que contemplar impotente cómo los expedicionarios al tocar el cuerpo de Xlil fueron atacados por los robots primarios. Pero sabía que iban a escapar gracias al sacrificio de Tasclienko, después de leer el mensaje y llevarlo a la Tierra. El ciclo temporal se había cerrado. O mejor dicho, se cerraría en la Tierra, cuando David me contara lo sucedido y yo pensase en una loca hipótesis, en la que lo principal era que recordaba que el profesor Seaby llevaba años investigando sobre la posibilidad de viajar por el tiempo.

»Lo demás, ya lo saben todos ustedes. Cuando la segunda flota estuvo lista salió de Moswash y alcanzó a la destructora armada de Xlil en el justo momento en que iban a iniciar el ataque contra la Tierra.

»Más tarde, el "Terra" volvió a Moswash y sus hombres entraron de nuevo en el enclave y me despertaron, si es que el hecho de sustraerme a mi estado puede llamarse un despertar.

»Como todos tienen en la mente la misma pregunta, les voy a decir inmediatamente por qué el gigante Uxl no quiso que a él también le despertaran. Durante la espera, me había confesado que estaba también desengañado con la Humanidad, que no consideraba justo que ésta, inopinadamente, fuese dueña de los secretos del enclave, que tal conocimiento podía alterar grandemente nuestra evolución paulatina. Su deseo era que tan pronto llegasen mis compañeros yo saliese del enclave con ellos.

»Aunque no me lo dijo yo creía saber cuáles eran sus intenciones. Quienes fuesen a rescatarme acataron mis deseos de partir de la costa, del terreno bajo en el cual estaba el enclave. Apenas habíamos llegado a la nave, toda aquella zona desapareció en medio de la más terrorífica explosión nunca presenciada por seres humanos.

»Así acabó el último gigante y su obra póstuma. Esto es todo,

caballeros.

Leo Liddell bajó del estrado sin recibir aplausos. No hubieran sido adecuados. Se reunió con sus amigos y estrechó las manos que le ofrecían.

Los representantes de las naciones terrestres, respetuosamente, dejaron que salieran del paraninfo. Los dos viejos amigos lo hicieron primero. Detrás, David dijo a Malva:

-Todo ha terminado, querida.

-Ha terminado bien, perfecto.

Me temo que demasiado bien. Pero lo sucedido no ha sido estéril. Creo que el mundo debería conocer algún día lo que realmente aconteció con la expedición a Polux, que siguen celebrando por su éxito todavía. Tenemos un nuevo planeta, que los gigantes nos han legado. Esperemos que en él trabajemos para hacer un pueblo mejor que éste, partiendo de la nada.

Salieron al pasillo. Al fondo de él, Leo Liddell y Hans Seaby marchaban juntos, murmurándose palabras.

Malva dijo:

-Nos ha sido concedida una segunda oportunidad. No debemos ser tan desagradecidos como nuestros primitivos antepasados y desperdiciarla al final.

-Cierto -David se detuvo y besó a su mujer-. ¿Te gustaría, volver a Moswash con el primer grupo de colonos?

Me encantaría que nuestros hijos nacieran allí.

David rió divertido.

-A veces me pregunto si ahora vamos a tener tiempo para ocuparnos en buscarnos descendencia.

Malva se apretó al hombre y pensó que debería consultar con un especialista.

Aunque pensaba que no tenía importancia, estaría más segura si le aseguraban que una mujer embarazada no tenía que temer a un viaje de varios años luz.

Pero ya se lo comunicaría a David después de estar tranquila al respecto.

F I N